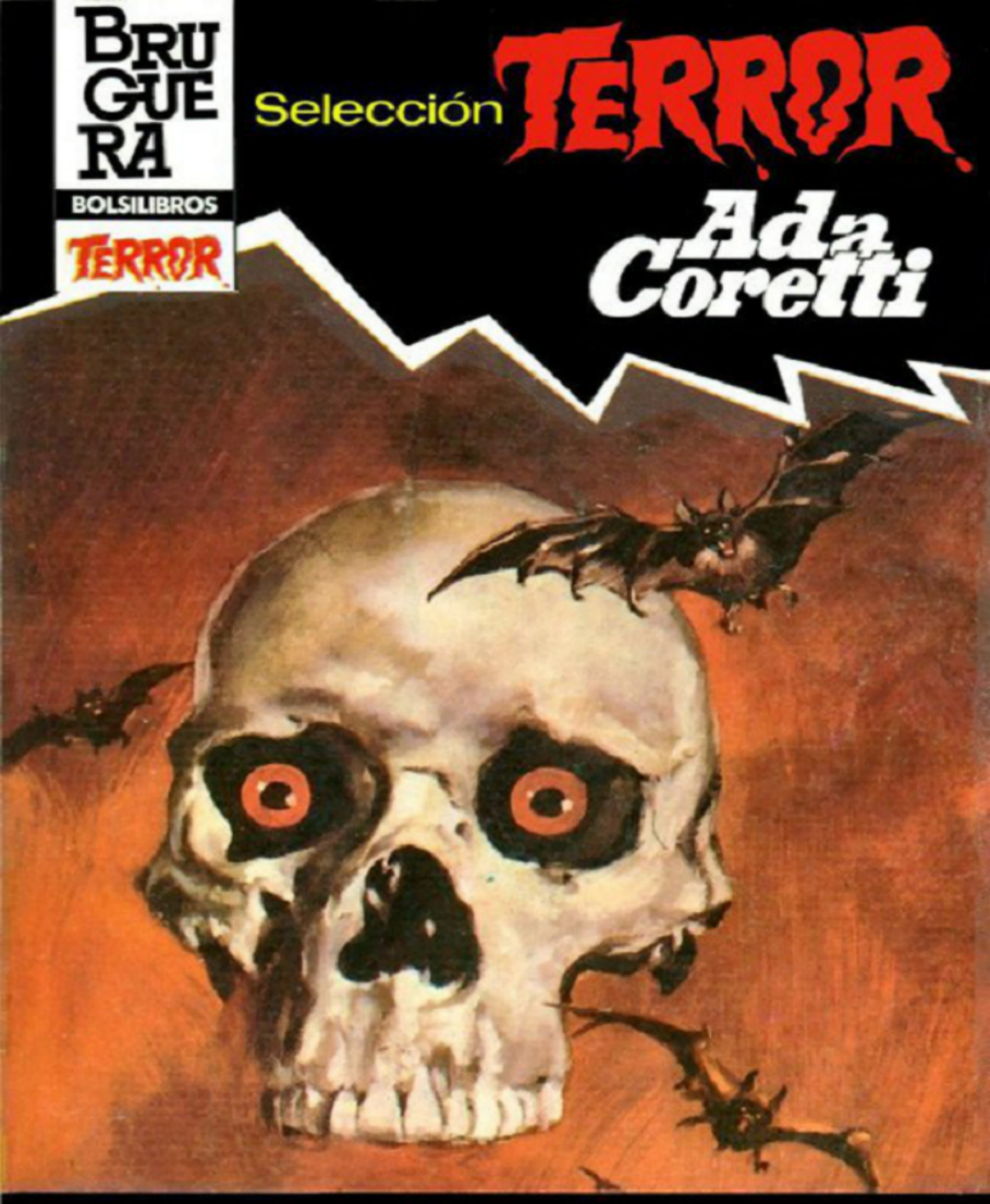

BRUGUERA
BOLSILIBROS
TERROR
Selección TERROR
Ada Coretti
LA CASA DE LAS CABEZAS CORTADAS



SELECCION
TERROR

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS

EN ESTA COLECCION

543 — *El anillo de Asfelgoor*. Adam Surray.

544 — *El engendro de Kroozgaar*, Kelltom McIntire.

545 — *La puerta negra del infierno*. Burton Hare.

546 — *La mansión de los esqueletos vivientes*. Joseph Berna.

547 — *Pensión de París*. Ralph Barby

ADA CORETTI

LA CASA DE LAS CABEZAS CORTADAS

Colección

SELECCION TERROR n.° 504

Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA — BOGOTA — BUENOS AIRES — CARACAS — MEXICO

ISBN 84-02-025064

Depósito legal: B. 26.302 - 1983

Impreso en España —Printed in Spain

1. ª edición en España: setiembre, 1983

1. ª edición en América: marzo, 1984

Concedidos derechos exclusivos a favor de

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

Camps y Fabrés, 5..Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. *A*.**

Parets del Valles (N-152, Km 21,650) Barcelona —1983

INTRODUCCION

Quienes visitaban la localidad de Marnesstton solían reparar en la casa donde residía la alta, seca y excéntrica Meredith Porley. Era una casa espléndida, magnífica, que ciertamente llamaba la atención.

En sus salones se habían celebrado muchas y lúcidas fiestas. Pero eso pertenecía ya al pasado.

En la actualidad, Meredith Porley era una mujer ya mayor, rara, maniática, con la que resultaba difícil convivir.

A su sobrino Gregory, sin embargo, le reservaba todo su cariño. Con él no se planteaban problemas de ningún tipo.

De las dos sirvientas de la casa, Anne era la que hacía más años que prestaba allí sus servicios. Entró cuando aún no tenía treinta años y había cumplido ya los sesenta y nueve.

La otra sirvienta era Caroline, quien a sus cuarenta y tantos años iba a casarse, quedando cumplido así el sueño de su vida. Porque Caroline era muy fea, los hombres nunca le habían hecho caso y había vivido hasta entonces envidiando la felicidad de sus amigas.

Pero la fea Caroline había conocido a Anthony, uno de los carteros de Marnesstton, éste se había interesado por ella y la verdad es que ya tenían fijada la fecha de la boda.

Caroline había decidido hacerse un traje de novia parecido a aquel que tantas veces había visto en el desván de la casa. Que había visto dentro de un baúl grande, de buena madera tallada, donde Meredith Porley guardaba lo que, en otros tiempos, decía que eran sus pequeños tesoros.

Sí, más de una vez Caroline había subido al desván de la casa, había abierto el baúl y había contemplado con embeleso aquel traje blanco. Y rodeada de los objetos deteriorados e inservibles que es lógico encontrar en un viejo desván, se había dicho que si algún día llegaba a lucir un traje parecido a aquél se sentiría la mujer más feliz del mundo.

Y había llegado ese momento. Anthony le había pedido que se casara con él. Y Anthony no estaba nada mal, todo lo contrario. Nadie terminaba de explicarse cómo se las había arreglado para interesarle

hasta tal punto.

En fin, la verdad es que se sentía muy dichosa.

Por eso, sin duda, Caroline subía en ese momento la estrecha escalera de caracol que conducía al desván. Deseaba ver de nuevo aquel vestido de novia que tantas y tantas veces había contemplado. Encargaría uno parecido a la modista.

Ya en el viejo desván, encendió la luz y seguidamente cerró la puerta.

Se dirigió directamente hacia el baúl. Estaba cubierto con una capa de polvo. Lo cierto es que a Meredith Porley no le gustaba que nadie entrara allí. Ni siquiera para limpiar.

Esta era, qué duda cabe, una de sus manías, de sus cosas raras. ¡Porque hay que ver qué mujer más excéntrica y extravagante era, no había por donde cogerla!

Mientras abría el baúl, Caroline se vio reflejada en el espejo de un viejo armario. Pero no vio su imagen como en otras ocasiones, total, completa, sino fraccionada...

El cristal estaba roto.

Caroline se asombró. ¿Quién había podido romperlo?

Resultaba evidente que no había podido romperse solo.

De hallarse simplemente rajado, entonces hubiera quizá imaginado otra cosa. Pero estaba hecho añicos en el centro, roto en todas direcciones, y convertido en puntiagudos y cortantes triángulos por los lados.

Uno de esos lados parecía a punto de caerse.

Y fue precisamente ese trozo de cristal el que fue sacado de su lugar por una mano enguantada, que indudablemente pretendía no herirse, no cortarse.

Caroline vio el rostro furioso, frenético, diabólico de la persona que acababa de hacer aquello. Y le bastó y le sobró para saber que había llegado su último momento.

Pudo retroceder, defenderse. Pero el pánico, el terror, le habían dejado sin movimiento. Como si de pronto se le hubieran paralizado todos los miembros.

Pudo gritar, pedir auxilio. Pero el espanto, el pavor, le agarrotaban las cuerdas vocales.

Como si de súbito un garrote vil estuviera apretando inexorablemente su garganta.

La mano enguantada avanzó hacia ella.

Y el puntiagudo y cortante cristal no se anduvo con miramientos. Actuó con precisión, con exactitud y también con inusitada y estremecedora velocidad.

¡Zas!

Pasó como una exhalación por el cuello de Caroline, seccionándoselo de un lado al otro, de oreja a oreja. De un modo espeluznante.

La cabeza de la víctima se tambaleó grotescamente sobre sus propios hombros.

Los ojos de Caroline, por un instante, se abultaron, se desorbitaron de horror al ver el siniestro surtidor de sangre que fluía de aquel tajo mortal.

Tenía que ser mortal. No podía esperarse otra cosa.

Hubiera sido ridículo hacerse ilusiones de sobrevivir, porque nadie sobrevive a la muerte cuando ésta nos presenta, con mayúsculas, su tarjeta de visita.

Caroline dio un par de tumbos, oscilando como un péndulo, y terminó cayendo hacia atrás.

Se desplomó sobre el baúl que instantes antes abriera.

Se quedó en una postura grotesca. Igual que una marioneta cuyo hilo se hubiera roto en el momento menos oportuno.

Ya no se movió.

Estaba muerta.

La mitad de su cuerpo se había hundido dentro del baúl, pero las piernas le habían quedado fuera, colgando.

La mano enguantada cogió las piernas, una a una, y las metió dentro.

Luego, tras asegurarse de que Caroline ya no pertenecía al mundo de los vivos, le puso encima el traje blanco de novia. Así, si alguien abría el baúl, de momento no vería nada.

Luego cerró el baúl.

CAPITULO PRIMERO

La joven rubia, preciosa de cara, de deliciosa silueta, iba desprendiéndose poco a poco de la ropa que llevaba. Resultaba aquél un fascinante *strip-tease*. Y Stuart Baxter, mientras tomaba una copa en la barra, se había olvidado del motivo que le había hecho entrar en aquella sala de fiestas.

Un cliente le había citado allí. Un tal Samuel Moore.

Acababa de decirle por teléfono que necesitaba sus servicios como detective. Se trataba de un caso urgente.

Habían quedado de acuerdo. Se encontrarían a eso de las once en aquella sala de fiestas.

—Buenas noches, señor Baxter.

El joven y alto detective, de rasgos enérgicos y duros, y de mirada inteligente e incisiva, se volvió hacia la persona que se le había dirigido.

—Buenas noches, señor Moore —contestó.

—Me alegro que ya esté aquí —le habló de manera entrecortada —. El asunto que me trae es tan extraño… —Y agregó—: Será mejor que busquemos una mesa apartada Aquí en la barra no puedo decirle nada.

Samuel Moore tendría unos treinta años y aspecto de tímido, de apocado. Se le veía muy nervioso.

—En seguida estoy con usted —repuso Stuart Baxter—, Un momento, por favor…

Y el detective volvió a poner su atención en la pista, donde la joven rubia, preciosa de cara, de deliciosa silueta, seguía quitándose la ropa. Una pieza tras otra, mientras hacía posturas y movimientos insinuantes y provocativos.

Pero la joven rubia, de pronto, dejó de sonreír. Y se quedó quieta, parada.

—¿A qué esperará esa…? —oyó rezongar el detective al dueño del local, al que conocía de vista—. Se ha quedado parada como una momia…

A la muchacha le tocaba quitarse el sujetador.

Y el dueño del local, que era ducho en su oficio, sabía que cuando el sujetador salía de su sitio, cuando los senos lozanos y turgentes aparecían totalmente al descubierto, el público se entusiasmaba, se enardecía. No hace falta decir lo que sucedía cuando la última pieza se alejaba de la carne y quedaba a la vista de todos el desnudo íntegro.

Pero la joven rubia se había detenido y la expectación había quedado contenida. De un momento a otro, sin embargo, seguiría con su número. Claro que sí.

Y Stuart Baxter esperaba ese momento. O al menos esto es lo que hubiera deseado hacer.

Pero su cliente, Samuel Moore, se impacientó.

—Necesito hablarle ahora mismo —le dijo—. El caso no admite espera...

—Bueno, bueno... —se resignó el detective.

Un minuto después estaban en una mesa apartada. Tan apartada que su emplazamiento casi la convertía en un discreto e íntimo reservado.

Pero en esta ocasión no era una pareja de enamorados quienes buscaban el sentirse lejos de los demás, sino dos hombres. Un atlético y competente detective, y un joven tímido y apocado, muy asustado, que buscaba alguien más decidido que él que le sacara las castañas del fuego.

—Tenía que haberle citado en un lugar más apropiado... —empezó diciendo Samuel Moore.

—Nadie nos oye —contestó Stuart Baxter—, No tiene nada de malo este lugar.

—No sé qué pensar de lo que mis ojos han visto —prosiguió diciendo.

—Especifíqueme de qué se trata.

—Mi novia se llama Susannah... —pero Samuel Moore se detuvo, muy nervioso.

—Tranquilícese —dijo Stuart. Y le ofreció—: ¿Un cigarrillo?

Habiendo aceptado el cigarrillo, y luego de despedir unas cuantas bocanadas de humo, prosiguió:

—Es una chica morena, graciosa, muy bonita. Es la maestra de Marnesstton. Me estoy refiriendo a una pequeña localidad situada... —Tras colocar un mapa sobre la mesa e indicarle el lugar exacto de susodicho lugar, prosiguió—: Yo siempre he tenido una confianza absoluta en Susannah, pero el otro día...

—¿Qué sucedió el otro día? —Stuart Baxter le animó a continuar.

—Bueno, más bien la otra noche... —especificó Samuel Moore—. Era ya muy oscuro cuando yo llegué a Marnesstton. Pues bien, al pasar por el caserón...

—¿A qué caserón se refiere? —le preguntó Stuart Baxter, queriendo que la narración no resultara demasiado deshilvanada.

Lo que a menudo sucedía cuando sus clientes se hallaban tan nerviosos como Samuel Moore.

—La primera casa que aparece así que se va por la carretera y Marnesstton surge a la vista, pertenece a una tal Meredith Porley. Es una casa que atrae la atención de todos. No hay otra mejor en varios kilómetros a la redonda. Pues el caserón ese al que me refiero, está situado a unos quinientos metros de la casa de Meredith Porley. Por cierto —agregó—, el caserón es propiedad de ella.

—Prosiga...

—Pues al pasar por el caserón, deshabitado según yo creía —Samuel Moore continuó con la narración de los hechos—, vi como Susannah, mi novia, entraba allí. Detuve el coche y la seguí. Abreviando... —y nerviosamente había aplastado el cigarrillo en el cenicero, partiéndolo en dos—, la vi a través de una de las ventanas. Estaba con el jovencito Gregory, el sobrino de la ya mencionada Meredith Porley. Y como sea que la ventana se hallaba un tanto entreabierta, les oí discutir acaloradamente.

—¿Qué decían? —preguntó Stuart Baxter.

—Gregory alzaba muy violentamente la voz, asegurando que si ella no obedecía sus órdenes acabaría como las demás. Afirmaba que le tenía sin cuidado cometer un nuevo crimen... Por lo que respecta a Susannah, decía acongojada, llorosa, que ya no podía callar más y que para ella era una pesadilla constante recordar a las víctimas sin cabeza...

Fue en ese momento cuando Gregory la abofeteó. Yo... yo... —y Samuel Moore era un fajo de nervios—, no me atreví a intervenir... No

soy muy valiente, ¿sabe usted? Así que retrocedí de la ventana y regresé junto a mi coche.

—¿Y qué más? —quiso saber Stuart Baxter.

—Susannah salió del caserón un rato después. Y yo me quedé con la sensación de haber sufrido una vulgar pesadilla, simplemente eso... Y aquí me tiene hecho un lío, sin saber qué pensar...

—Y desea que yo le aclare el asunto, ¿no es eso? —preguntó Stuart Baxter.

—Exactamente.

—¿No le ha preguntado a su novia qué hacía en el caserón?

—No, no me he atrevido.

—¿Qué teme en realidad? Dígamelo... —el detective se quedó mirando con fijeza a su interlocutor.

—Estoy enamorado de Susannah —dijo él—. Me preocupa enormemente la idea de perderla. Aunque después de la escena que presencié la otra noche, mucho me temo...

—No haga deducciones precipitadas.

—La única que quizá hubiera podido ayudarme a esclarecer este asunto —agregó

Samuel Moore— es Caroline, una de las sirvientas de Meredith Porley. Pero hace ya días que nadie da con ella.

—¿Quiere decir que ha desaparecido?

—Sí.

—Tal vez se disgustara con su señora y la plantara. Eso suele suceder a menudo.

—Con mayor motivo cuando la señora es de las características de Meredith Porley, maniática, excéntrica. Pero Caroline no se disgustó con ella, ni con nadie de la casa. Así que su desaparición resulta incomprensible.

—Quizá se haya ido a pasar unos días con su familia.

—No tiene familia. De ello que, ante su insólita desaparición, el sobrino de Meredith Porley optara por avisar a la policía.

—Muy razonable.

—Pero lo dicho, nadie da con la sirvienta.

—Y ella, según usted, hubiera podido quizá ayudarle a esclarecer el asunto de su novia.

—Mi novia estaba en el caserón con Gregory, el sobrino de Meredith Porley. Y Caroline, como le he dicho, era una de las sirvientas de la casa. Tal vez ella estaba ai corriente de algo... ¿comprende?

—Comprendo —dijo Stuart Baxter— que una mujer ha desaparecido y que la otra, su novia, actúa de un modo extraño...

—Eso mismo. Bueno, dígame, ¿cree que podrá sacarme de apuros? —preguntó con anhelo.

—Creo, simple y llanamente, que le aclararé el caso. Que éste resulte o no de su agrado, esto ya no puedo garantizárselo. Sería garantizar demasiado.

—Si, claro —se hizo cargo—. Por cierto, ¿cuándo empezará a investigar al respecto?

—Mañana saldré hacia Marnesstton. ¿Le parece bien?

—Muy bien. A propósito, si me ve por allí, o si alguien nos presenta, haga como si no me conociera. No quiero que nadie se entere de que he contratado los servicios de un detective.

—Lo que usted diga. Usted es el cliente —dijo Stuart Baxter.

—Gracias.

—Pero si por algo deseo ponerme en contacto con usted...

—Esta es mi dirección en Marnesstton —le tendió una tarjeta—. Es la casa en que he vivido desde niño y que ahora estaba arreglando para Susannah y para mí. Ahora bien, si va a verme, hágalo con discreción —insistió.

—Cuente con ello.

CAPITULO II

A Stuart Baxter se le presentaron ciertos problemas y no pudo salir hacia Marnesstton a la hora que hubiera deseado.

No obstante, salió a eso de las cinco de la tarde. Y como sea que ir a ciento y pico por las carreteras era como un juego de niños para él, llegó, apenas había oscurecido, junto al caserón…

El cual, desde luego, tenía aspecto de deshabitado. Por lo menos no se veía ninguna luz en aquel momento. La oscuridad de todas sus ventanas era absoluta.

Detuvo su coche y se apeó.

Luego fue acercándose al caserón, pero poco a poco, despacio, no queriendo perderse detalle del suelo que pisaba, ni tampoco de los alrededores. Estos podían resultar de básica importancia según y como se desenvolvieran los venideros acontecimientos.

Nada de especial, sin embargo, tenía todo aquello.

La carretera seguía recta hacia la ya iluminada localidad de Marnesstton. Por allá surgía una espléndida casa. Sin duda era la de Meredith Porley.

Respecto al caserón, situado más al fondo, algo alejado de la carretera propiamente dicha, ofrecía unos contornos sombríos, lóbregos, ciertamente nada acogedores.

El terreno era liso, con matorrales y arbustos surgiendo aquí y allá.

Más abundantes en dirección al lago.

Porque en Marnesstton tenían un lago. Donde, empero, no era fácil que los vecinos fueran a pasar el día. Se decían cosas horribles de aquel lugar.

Stuart siguió andando hacia el caserón, y una vez allí dio la vuelta a la edificación, no reparando en nada que llamara especialmente su atención.

Pero sí llamó su atención, no mucho después, la propia puerta de entrada. Parecía no estar cerrada, lo hubiera jurado.

Para saber a qué atenerse, se acercó, y sí, no se había engañado. Le bastó empujar para que le hoja de madera se deslizara hacia dentro.

Lo hizo con un gruñido, pero tenue, discreto, pues de antemano Stuart tomó precauciones. En las casas viejas siempre hay que esperarse ruidos.

Ya dentro, vio que del amplio y destartalado vestíbulo partía una escalera un tanto empinada.

Pudo verlo relativamente bien, pues la noche era estrellada y el resplandor del cielo entraba por las ventanas. Ventanas que, por lo visto, nadie se había tomado la molestia de cerrar.

Pese a ese resplandor, todo allí dentro eran sombras y oscuridad. Dado lo que Samuel Moore le había anticipado, era como para que los pelos se le pusieran de punta a cualquiera.

Pero a cualquiera, por descontado, que no fuera Stuart Baxter.

Tras detenerse unos instantes para habituarse a aquellas sombras, a aquella oscuridad, el detective optó por abrir la puerta que aparecía a la derecha del vestíbulo.

Lo hizo con lentitud, con sigilo, y una vez la puerta abierta se convenció de que en aquel salón, con todos sus muebles cubiertos con fundas, no había nada de particular.

Tampoco había nadie.

Probó suerte con la puerta que había a la izquierda del vestíbulo.

Esta vez todo resultó distinto. Y aunque acostumbrado a las emociones fuertes, Stuart no pudo evitar que la respiración se le entrecortaba ante el macabro y espeluznante espectáculo que se le puso por delante.

De las vigas del techo de aquella estancia pendían colgadas cuatro mujeres. Jóvenes y viejas. De todo había. Colgadas por los pies. Con las manos atadas a la espalda. ¡Estaban sin cabeza!

Stuart Baxter quiso encender la luz. Pero el interruptor no funcionaba, así que todo siguió entre aquella oscuridad que de pronto se había hecho macabra como el aleteo de un cuervo.

Decidió salir de allí.

Así lo hizo.

Ya de nuevo en el amplio y destartalado vestíbulo, optó por subir la escalera. Por descontado, no abandonaría el caserón mientras no

averiguara qué era exactamente lo que sucedía allí.

Pero se detuvo.

El sobresalto había sido colosal.

Una enorme serpiente se hallaba enroscada al barandado de la escalera. Y aunque de momento el ofidio permanecía inmóvil, su aspecto resultaba tan poco tranquilizador que daba escalofríos el solo hecho de mirarlo.

Fue en ese preciso instante cuando Stuart vio que una muchacha se dejaba ver en lo alto de la escalera. Una muchacha que gemía, que jadeaba, y que se puso a exclamar con un incontrolado desespero:

—¡No quiero morir! ¡No quiero morir! Me causas horror, espanto, pero haré lo que me pidas... Cualquier cosa antes de que me cortes la cabeza como a esas otras mujeres...

Se había dejado ver también en lo alto de la escalera un joven de unos diecisiete o dieciocho años. Llevaba un sable en la mano y daba la impresión de que estaba dispuesto

a usarlo sin la menor de las contemplaciones.

—Voy a darte una oportunidad —dijo el jovencito, con la voz ronca, amenazadora—, pero tienes que demostrarme que estás en condiciones de colaborar.

—Sí, sí —afirmó ella, asintiendo repetidas veces.

Stuart Baxter había retrocedido unos pasos. No quería ser visto. ¿En qué iba a acabar todo aquello? Necesitaba saberlo.

—Sí, sí —repitió ella—. Estoy en condiciones de colaborar... ¿Qué quieres que haga? Haré lo que sea. ¡Lo que sea!

El jovencito desapareció por unos instantes de lo alto de la escalera. Había de presentarse de nuevo poco después. Esta vez no llevaba el sable en la mano, sino varios balones de fútbol, o de béisbol.

Al menos eso parecían a primera vista.

Pero se trataba de algo distinto. Espeluznantemente distinto.

Eran cabezas humanas. Cabezas de mujeres.

—Toma esto... —repuso el jovencito, y seguía su voz ronca,

amenazadora. Y le alargó las cabezas—. Cógelas... Y tíralas una a una por la escalera... Que reboten de escalón en escalón y acaben en el vestíbulo... Hazlo como te digo mientras te ríes a carcajadas...

—¡Oh, no me veo capaz de cogerlas! —se asustó ella, retrocediendo ante la pavorosa carga que el hombre quería poner en sus brazos—. Me estremezco de pies a cabeza... Se me pone la carne de gallina...

—¡Hazlo, a menos que quieras ser una más en mi lista! —bramó el jovencito—. Y recuerda que no voy a repetírtelo... ¡Me estás agotando la paciencia!

—Sí, lo haré... —cedió ella, consintiendo en acoger contra su agitado pecho aquellas cabezas de ojos desorbitados, de bocas crispadas que expresaban un horror que iba más allá de lo alucinante —. Si, lo haré...

—¡Empieza! —ordenó el jovencito—. Tíralas de una vez... Y ríete alto, fuerte, a carcajadas...

—Sí, sí... —asintió de nuevo ella.

Y lanzó una de las cabezas hacia abajo.

Una cabeza de mujer, de larga cabellera negra, que cayó rodando de un modo horripilante y terminó inmovilizándose a los pies de la escalera. Bueno, un par de metros más allá.

La muchacha se había echado a reír. Se había reído fuerte, a carcajadas, pero de un modo horriblemente tembloroso.

—¡Tira la segunda! —le ordenó el jovencito—. Y ríete más fuerte... ¡Más fuerte!

—Sí, sí...

Y la segunda cabeza bajó botando los escalones.

Y de nuevo se oyó la risa de ella.

Y de nuevo cayó la tercera cabeza.

Y otra vez sonó la risa de ella.

Y llegó el turno a la cuarta y última cabeza. Y la risa de ella puso el colofón que exigía el siniestro jovencito.

—Ahora baja y recógelas... —le exigió—. ¡Hazlo ahora mismo!

—No, no... —esta vez ella denegó, de nuevo gimiendo y jadeando—. Tengo miedo de la serpiente... Está enroscada al barandado...

—Permanece quieta... —dijo el jovencito—. No se meterá contigo... ¡Baja de una vez! — y empujó a la muchacha.

Esta se pegó a la pared y empezó a descender despacio, muy despacio. Temblaba como el azogue.

No se vio capaz de seguir adelante. Su espantoso, su pavor hacia el enorme y repugnante reptil enroscado al barandado de la escalera, podía más que el miedo que sentía hacía aquel jovencito. Y es decir. Pues resultaba evidente que aquel jovencito le inspiraba un auténtico terror.

El jovencito, al vez que ella se detenía, endureció el rostro, crispó la expresión y enloqueció la mirada. Luego retrocedió unos cuantos pasos.

Volvió a aparecer. Esta vez con el brazo alzado, de nuevo con el sable en la mano.

—¡Voy a hacer contigo lo mismo que con las otras! —barbotó—. ¡Tú te lo has buscado!

—¡Noooo...! —gritó ella, horrorizada.

—¡Voy a hacer contigo lo mismo...! —y el jovencito avanzó decididamente.

Stuart Baxter consideró que había llegado el momento de intervenir.

—¡Deténgase! —y adelantándose hacia la escalera apareció con una automática en la mano—, ¡Deténgase ahora mismo!

El jovencito y la muchacha se inmovilizaron. Ambos a la vez. Lo que menos podían esperarse, a juzgar por su asombro, era aquella inesperada intromisión.

Pero el jovencito reaccionó en seguida. Así que tendió la mano, palpó la pared y alcanzó el interruptor de la luz.

Este interruptor sí funcionaba, así que, de pronto, dejó de haber oscuridad entre ellos.

Acababa de encenderse, no sólo la pequeña lamparita de la escalera, sino la lámpara central del vestíbulo.

Ya con la debida claridad, todo dejó de ser como Stuart Baxter había supuesto.

Aquellas cuatro cabezas de mujer que como balones de fútbol o de béisbol habían bajado botando la escalera, no eran más que cabezas hechas de trapo, con peluca adosada, con ojos de brillante y abultado cristal.

La impresionante serpiente enroscada al barandado de la escalera, era de plástico o de alguna otra materia por el estilo.

En cuanto al jovencito que acababa de encender la luz, nada tenía ya de violento, ni de amenazador. Su gesto no podía ser más afable y afectuoso.

Otro tanto puede decirse de la muchacha morena, graciosa, muy bonita, que sonreía con naturalidad y simpatía.

—Me parece que le hemos asustado a usted... —fue ella la primera en hablar.

—Crea que lo lamentamos muchísimo —añadió él.

Antes de responder una sola palabra, Stuart se dirigió a la puerta de la estancia situada a la izquierda del vestíbulo. La abrió. Allí seguían aquellas mujeres colgadas por los pies, con las manos atadas a la espalda, sin cabeza...

Pero ahora entraba bastante luz por la puerta que daba al vestíbulo, así que pudo percatarse claramente de que la oscuridad le había engañado.

De igual modo que la oscuridad le había engañado en el vestíbulo, y en la escalera, y en lo alto de la misma.

Las mujeres colgadas eran simples muñecas de trapo de tamaño natural. No otra cosa.

Stuart Baxter, tras convencerse de ello, pisó de nuevo el vestíbulo. Y ya sin más inquirió, dirigiéndose al jovencito y a la muchacha:

—¿Se puede saber qué demonios significa todo esto...?

CAPITULO III

No tardaron en explicárselo.

En breve iba a filmarse en unos estudios de Londres una película de terror. Una película cuyo título iba a ser: *La casa de las cabezas cortadas*.

Ellos dos iban a ser los principales intérpretes. Estaban, pues, aprendiéndose lo mejor posible sus respectivos papeles. Esto era todo.

—¿Pero necesitan ensayar tan a lo vivo...? —Stuart Baxter no terminaba de entenderlo.

—Le sorprende, ¿verdad? —Gregory se hizo cargo de su perplejidad—, Pero no se sorprendería si conociera a mi tía Meredith. Y como es ella la que va a pagar la producción de esa película, y como es ella, en definitiva, quien quiere que las cosas se hagan a su modo...

—Meredith es muy excéntrica —amplió la muchacha—. Asi que nos ha exigido que aprendamos nuestros papeles en este caserón, rodeados de un escenario semejante al que habrá realmente en el film.

—Una idea —reconoció Gregory— que en un principio no me sedujo en absoluto. Pero negarme a los deseos de mi tía hubiera significado, posiblemente, perder la oportunidad que hace tiempo estoy esperando. Por lo que me limito a acatar su voluntad.

—Yo me llamo Susannah —dijo la muchacha— y soy la maestra de Marnesstton.

Siempre he deseado ser artista de cine, pero consciente de las dificultades que se me iban a presentar, me esforzaba por seguir el camino de la vida de un modo sencillo y razonable. La verdad es... —reconoció seguidamente— que tengo novio y que mi intención era casarme pronto.

—Pero yo le dije a mi tía Meredith que me gustaría que Susannah hiciera el rol femenino de esa película —añadió Gregory—, Y mi tía aceptó... Por lo que ahora, a espaldas del novio de Susannah, estamos aprendiendo nuestros respectivos papeles...

—Si consigo hacerlo bien —dijo ella—, dejaré a mi novio. No, no me casaré con él. Me dedicaré en cuerpo y alma al Séptimo Arte, esperando alcanzar el estrellato. Si fracaso — amplió—, entonces me casaré. A mi novio le habrá sentado fatal mi incursión en el mundo cinematográfico, pero me habrá perdonado. Mi novio es muy bueno, y además me quiere mucho.

—La película puede ser un gran éxito —repuso Gregory—. El guión tiene garra, las situaciones están llenas de suspense y sobre todo de horror.

—He podido darme cuenta de ello por lo poco que he podido ver —ironizó Stuart—, Pero, bueno, lo primero que debo hacer es pedirles disculpas a ustedes por haberme metido en este caserón, inmiscuyéndome donde nadie me llamaba. Sin embargo, he pasado casualmente por aquí y al ver que la puerta no estaba cerrada…

—No tiene que disculparse, señor…

—Baxter, Stuart Baxter.

—Mi nombre es Gregory… Gregory Porley —se presentó el jovencito—. Y vivo con mi tía Meredith. Su casa está cerca de aquí.

Siguieron conversando un poco más. No mucho, pues Stuart no tardó en despedirse tras decirles que ya les había molestado bastante.

Sin embargo, Gregory, que desde luego eran un jovencito muy amable y afectuoso, se apresuró a preguntarle:

—¿Ya tiene donde pasar la noche?

—No —contestó Stuart—, pero supongo que en Marnesstton habrá un hotel.

—Si, claro —asintió Gregory—. Pero a mi me gustaría que por esta noche aceptara usted mi hospitalidad. Bueno —corrigió—, la hospitalidad de mi tía Meredith.

Stuart Baxter pensó que aquella invitación le caía de perlas. Es bien cierto que el asunto que le había llevado a Marnesstton había quedado ya debidamente esclarecido y que no hacía falta, pues, que prolongara su permanencia allí.

Sin embargo…

¿No le había dicho su cliente, Samuel Moore, que una de las sirvientas de la casa de Meredith Porley había desaparecido? Una tal Caroline.

Sí, le caía de perlas la invitación. A Stuart le gustaba dejar los casos solucionados. Total y absolutamente solucionados. Lo contrario no podía, en ningún caso, satisfacerle. Era muy exigente consigo mismo.

—Sentiría molestarles —dijo Stuart.

—Nada de eso —aseguró Gregory—, será un placer tenerle entre nosotros. No lo dude, mi tía Meredith le recibirá encantada. Suele ser muy hospitalaria con todo el mundo.

Espero, eso sí, que no se sorprenda usted demasiado si le dice alguna cosa rara.

—Tiene muchas manías —puntualizó Susannah— y además es muy excéntrica. A menudo sorprende y desconcierta a unos y a otros con sus intemperantes salidas.

—Si se la acepta como es —agregó Gregory— todo va bien, nunca pasa nada. ¿Qué, se decide a aceptar mi invitación?

—Será un placer. Gracias.

—Las gracias yo se las doy a usted. Hecho a faltar gente joven con la que hablar. No lo dude, me caerá muy bien su compañía —Gregory había de añadir seguidamente—: De no existir Susannah y los proyectos que tenemos juntos, no hubiera podido vivir hasta ahora con mi tía.

—¿Viven ustedes solos? —preguntó Stuart.

—Sí —contestó.

—El padre de Gregory dice que vendrá pronto y que cuando lo haga se quedará aquí ya definitivamente. Pero yo creo que está dando largas al asunto —intercaló Susannah, demostrando lo abierta y comunicativa que era.

—Cuando murió mi madre, de eso hará un año —refirió Gregory —, mi tía Meredith quiso que yo fuera a vivir con ella. A mí no me entusiasmaba la idea, pero mi padre se empeñó en que debía complacerla. Mi tía es muy rica, ¿sabe usted?, y contrariarla podría costamos caro.

—Comprendo.

—Su padre y su tía Meredith son hermanastros —le hizo saber Susannah—. Nunca se han llevado demasiado bien.

CAPITULO IV

Meredith Porley le recibió con amabilidad, asegurándole que la habitación de los huéspedes quedaba a su entera disposición.

A Stuart le causó una sensación bastante desconcertante aquella mujer alta, seca, ya mayor, que vestía de un modo extraño y que, a juzgar por lo que en seguida pudo ver, obligaba a andar con pies de plomo a la servidumbre y a cuantos se movían a su alrededor.

No obstante, Stuart había ido prevenido a aquella casa. Meredith Porley solía sorprender con sus cosas raras, con sus manías, con sus excentricidades.

—Supongo que no habrá cenado todavía... —dijo Meredith seguidamente.

—No, señora.

—Me alegro. Así nos acompañará. Por cierto... —y Meredith se volvió hacia su sobrino—. Supongo que le habrás dicho que hay alguien más en esta casa.

—No, tía, no se lo he dicho —se disculpó Gregory con cierta nerviosa precipitación—.

Me he olvidado.

—Pues debe saberlo usted —repuso Meredith, en esta ocasión volviéndose hacia

Stuart—. Desde esta mañana vive con nosotros mi sobrina Nancy.

—Será un placer conocerla —aseguró Stuart.

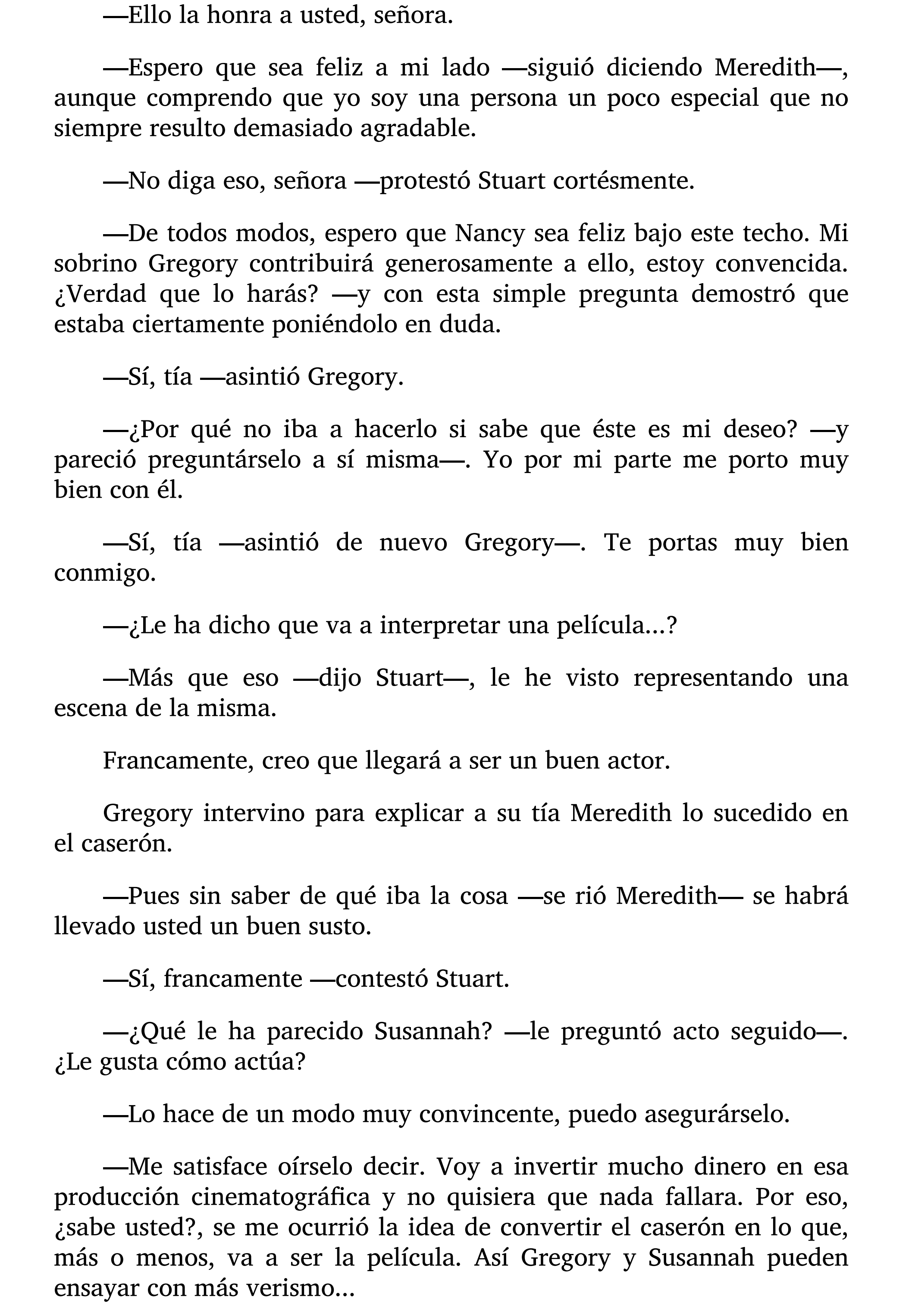
—Quizá no sea un placer... —dijo la mujer alta, seca—. Mi sobrina no es una muchacha normal.

—¿No...? —y Stuart quedó pendiente de que le explicara lo que le pasaba a su sobrina Nancy.

—Está paralítica —explicó Meredith—. La pobre sufrió un accidente de coche hará un par de años y se quedó sin movimiento en las piernas.

—¡Cuánto lo lamento, señora!

—Hasta esta misma mañana yo no sabía nada. Pero una vez al corriente, hágase cargo, me ha faltado tiempo para ir a buscarla. Y



ahora está aquí, bajo mi amparo, bajo mi protección.

—Ello la honra a usted, señora.

—Espero que sea feliz a mi lado —siguió diciendo Meredith—, aunque comprendo que yo soy una persona un poco especial que no siempre resulto demasiado agradable.

—No diga eso, señora —protestó Stuart cortésmente.

—De todos modos, espero que Nancy sea feliz bajo este techo. Mi sobrino Gregory contribuirá generosamente a ello, estoy convencida. ¿Verdad que lo harás? —y con esta simple pregunta demostró que estaba ciertamente poniéndolo en duda.

—Sí, tía —asintió Gregory.

—¿Por qué no iba a hacerlo si sabe que éste es mi deseo? —y pareció preguntárselo a sí misma—. Yo por mi parte me porto muy bien con él.

—Sí, tía —asintió de nuevo Gregory—. Te portas muy bien conmigo.

—¿Le ha dicho que va a interpretar una película…?

—Más que eso —dijo Stuart—, le he visto representando una escena de la misma.

Francamente, creo que llegará a ser un buen actor.

Gregory intervino para explicar a su tía Meredith lo sucedido en el caserón.

—Pues sin saber de qué iba la cosa —se rió Meredith— se habrá llevado usted un buen susto.

—Sí, francamente —contestó Stuart.

—¿Qué le ha parecido Susannah? —le preguntó acto seguido—. ¿Le gusta cómo actúa?

—Lo hace de un modo muy convincente, puedo asegurárselo.

—Me satisface oírselo decir. Voy a invertir mucho dinero en esa producción cinematográfica y no quisiera que nada fallara. Por eso, ¿sabe usted?, se me ocurrió la idea de convertir el caserón en lo que, más o menos, va a ser la película. Así Gregory y Susannah pueden ensayar con más verismo…

—Sí, ya comprendo —repuso Stuart.

—De convertirme en un artista famoso —observó Gregory— te lo deberé todo a ti, tía Meredith. A no ser por tu ayuda económica nunca se me hubiera presentado la ocasión que ahora voy a tener.

—Estoy convencida. Por ello, consciente de ello, espero tu agradecimiento.

—Ya lo tienes, tía Meredith.

—Sólo me lo demostrarás debidamente, Gregory, si concedes todas tus atenciones y todo tu cariño a tu prima Nancy.

—Puedes contar con ello, tía.

—Hazte cargo, la pobre debe estar sufriendo mucho. Tan joven, guapa, y verse en un sillón de ruedas. No debe de ser fácil de asimilar.

—Me hago perfecto cargo. Y puedes estar tranquila, Nancy tendrá mi cariño. Un cariño sincero, verdadero, como Jebe ser.

—Y si Patrick, tu padre, viene algún día a vivir aquí con nosotros, deberá tratarla bien.

Deberá hacerlo a menos que quiera acabar mal conmigo.

—Mi padre la tratará debidamente —aseguró Gregory—, No lo pongas en duda.

—Patrick es mi hermanastro —le informó Meredith Porley al detective—. También Donald y Margot son hermanastros míos. —Y agregó—: Siempre nos hemos llevado como el perro y el gato.

—No exageres, tía —sonrió Gregory.

—Hace tiempo que no vienen por aquí —comentó la dueña de la casa, de nuevo dirigiéndose a Stuart—, No les resulta agradable mi presencia. Pero desean mi dinero, ¿sabe?

—Con estas cosas que cuentas —repuso Gregory, un poco violento —, el señor Baxter va a pensar que somos una familia...

Meredith no le dio tiempo a decir nada más. Fue ella quien habló:

—Estoy enferma del corazón y esperan que me dé un patatús. Tienen la obsesión de heredarme.

—Por favor, tía...

—Y están convencidos de que se saldrán con la suya. Este jovencito que está aquí — miró a Gregory— se encarga de que no me enemiste con ninguno de ellos... Pero, en fin, no sigamos hablando de Patrick, ni de Donald, ni de Margot. No deseo desatenderle a usted, que es nuestro invitado...

Dejó de hablar, volviendo su rostro hacia la puerta del salón. Alguien estaba entrando.

Se trataba de su sobrina Nancy. En su sillón de ruedas.

Stuart Baxter era un hombre preparado para las emociones fuertes. Afortunadamente.

De lo contrario no hubiera podido disimular la sorpresa experimentada.

Quien avanzaba en el sillón de ruedas era aquella joven rubia, preciosa de cara, de deliciosa figura, que la noche antes, en la sala de fiestas, había visto como iba desprendiéndose poco a poco de la ropa que llevaba en un fascinante strip-tease. Una pieza tras otra, mientras hacía posturas y movimientos insinuantes y provocativos. La misma a la que tuvo que dejar de mirar cuando le tocaba el turno al sujetador...

* * *

Estaban cenando en la larga y elegante mesa de aquel amplísimo comedor.

Y daba la sensación de que entre ellos todo era, cuando menos, correcto.

Pero Stuart Baxter sabía que las apariencias engañan y que aquella situación no tenía nada de correcta. Menos que nada para ser exactos.

Nancy no podía estar paralítica desde hacía dos años, porque una noche antes, sólo una noche antes, él la había visto en una pista haciendo *strip-tease*.

¿Qué significaba, pues, aquello? ¿Qué pretendía exactamente la muchacha engañando de aquel modo a su tía Meredith, que al margen de sus manías y excentricidades era un ser humano que tenía derecho a un poco más de sinceridad?

Stuart pensó que no debía precipitarse, y que ya averiguaría lo que había tras todo aquel engañoso engranaje.

—¿Está usted viajando, señor Baxter? —oyó que le preguntaba la muchacha desde el otro lado de la mesa.

Tenía una voz dulce, agradable, sugerente. Una voz que deleitaba los oídos.

—Se lo ruego, llámeme Stuart… Sí, sí —mintió—, estoy viajando.

—¿En qué trabaja usted? —le preguntó Meredith—. No, no me lo diga. Déjeme averiguarlo.

—Me parece que no va a acertar —repuso Stuart.

—Es periodista —dijo Meredith.

—No.

—¿Puedo preguntarle yo también? —quiso saber Nancy, agitando deliciosamente su cabellera rubia.

—Claro que sí —afirmó Meredith.

Y girándose hacia Stuart:

—Es usted empleado de banca y bolsa.

—No.

—Es arquitecto —replicó Nancy.

—No —volvió a decir el detective.

—Escritor… —fue Nancy de nuevo la que tentó la suerte.

—No.

—¿Policía? —inquirió Meredith.

—¡Oh, no! —exclamó Stuart.

—Nos rendimos —a Meredith, de pronto, dejó de interesarle el interrogatorio.

—Soy pintor —mintió Stuart—. No demasiado bueno, pero mis cuadros se venden. No me quejo.

Había mentido, evidentemente. Pero no era fácil que le cogieran en el engaño. Cuando él mentía, sólo lo hacía a medias. Lo cierto es que, antes de decidirse a la investigación privada, se pasó varios años emborronando lienzos.

—Pintor, resulta emocionante... —dijo Nancy. Hubo de añadir—: De no estar en esta situación, impedida, paralítica, le rogaría que me pintara.

—¿Y por qué no ha de hacerlo a pesar de todo? —la voz de Meredith no se había hecho esperar—. Sigues siendo una muchacha guapísima. ¿No opina usted lo mismo que yo?

—Es usted preciosa. Preciosa de cara y de cuerpo, y no me atrevo a decir de piernas porque las lleva tapadas con manta.

—Mis pobres piernas... —musitó la muchacha, pero se vio obligada a descender la mirada—. No se burle de mí, Stuart.

—Nada más lejos de mi intención, Nancy —le aseguró el detective. Quien dijo sin esperar más—: Como espero que volvamos a vernos, entonces la pintaré.

—Me gustará que lo haga —sonrió Nancy.

Se acercó Anne para servirles el postre. La vieja sirvienta llevaba un pulcro uniforme.

—Nos servía la cena Caroline, mi otra sirvienta, mucho más joven... —dijo Meredith, y era como si se estuviera disculpando ante su invitado—, Pero ha desaparecido. Así, tal como se lo digo.

—¿Qué ha podido sucederle...? —Stuart dejó en el aire su pregunta, deseando saber la opinión de ellos.

—Estamos confusos —dijo el jovencito Gregory—, Incluso preocupados... Yo al menos lo estoy...

—A mí tampoco me gusta nada lo que está pasando — repuso Meredith—. Pero no, no creo que le haya sucedido nada malo. A menos que le diera la ocurrencia de ir al lago.

—Y había de informar—: No está lejos de aquí. Se llega dando un simple paseo. De ese lago se cuentan cosas horribles.

—¿Como qué...? —inquirió Stuart—, ¡Oh, disculpe mi curiosidad!

—Una curiosidad muy lógica —dijo Meredith—, Por lo demás, yo no tengo el menor inconveniente en satisfacérsela. Pues bien, cuentan que por sus orillas bordeadas de cañaverales, donde en los días de bruma uno no ve exactamente donde pone los pies, aparece de vez en cuando un extraño ser, algo así a un monstruo. Tiene la boca enorme, armada de doble fila de dientes. Dicen que se traga a sus víctimas sin

necesidad de masticar…

—¡Tía Meredith! —protestó Gregory—, Sabes de sobra que esas habladurías no son otra cosa que cuentos de viejas…

—¿Me estás llamando vieja? —había fruncido el entrecejo—. Muy poco delicado por tu parte.

—No, tía Meredith —se apresuró a corregir lo dicho— no he querido llamarte…

—Tú no ignoras, Gregory, que yo creo en esas historias Al menos lo suficiente como para llevar de vez en cuando este medallón… —llevaba un medallón colgado de una gruesa cadena de plata—. Me aseguraron que su sortilegio me defendería siempre de ese extraño ser, de ese monstruo..

—Sí, claro —asintió Stuart Baxter, tras haber carraspeado un poco para aclararse la garganta—, siempre es bueno tomar precauciones… Si una leyenda nos llega a través de los años, de los siglos, por algo será…

Sonó el timbre de la puerta. Tres veces seguidas. Como queriendo cortar aquella conversación.

—Así llama tu padre —dijo Meredith al jovencito Gregory.

—O tío Donald, o tía Margot… —repuso el sobrino

Cuando la vieja Anne abrió la puerta, vieron que eran los tres, Patrick, Donald y Margot quienes estaban allí.

Luego de los saludos y una vez ya llevadas a cabo las presentaciones, unos y otros salieron del comedor.

—Sírvenos el café en el salón.

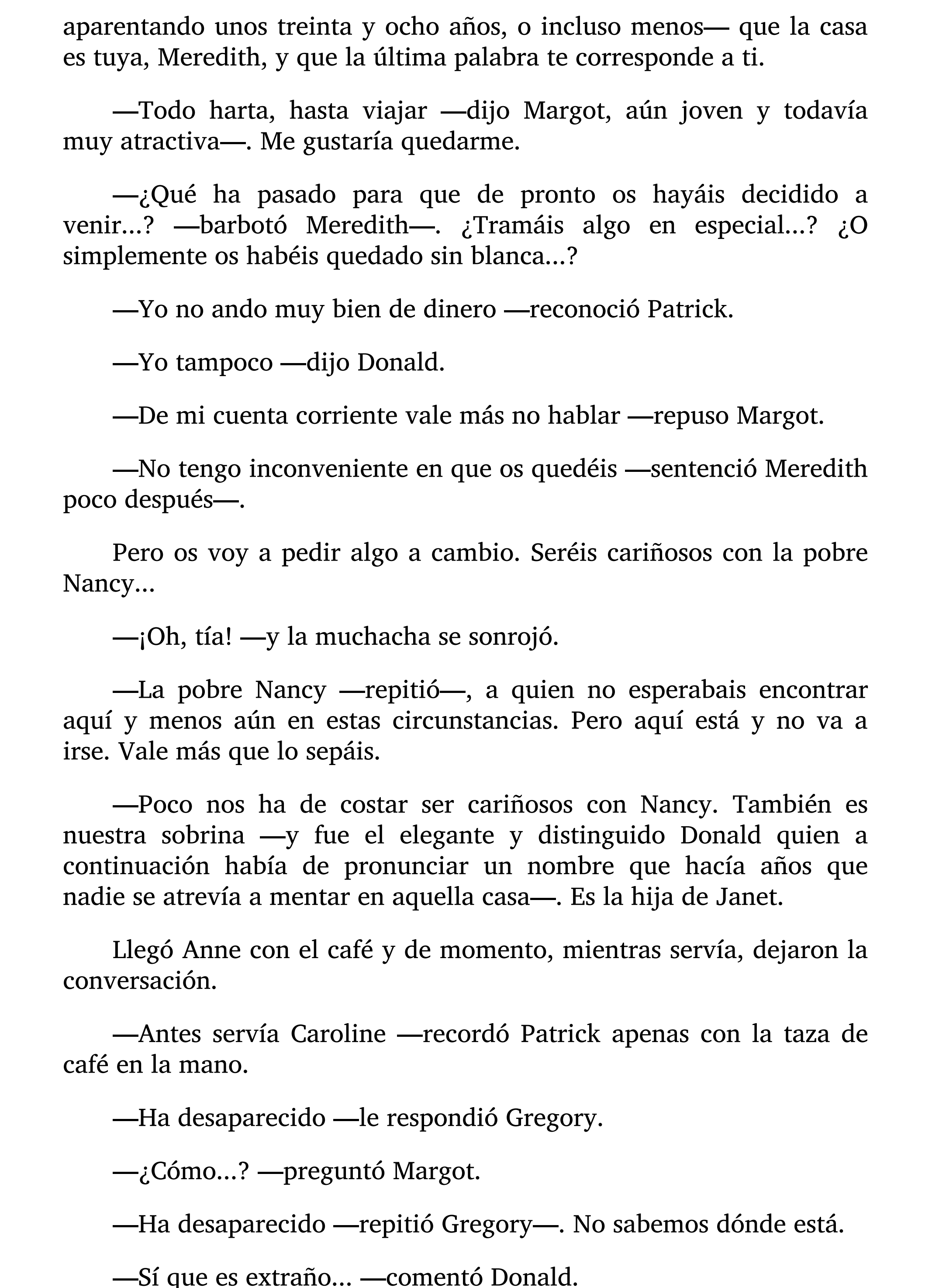
—Sí, señora —contestó Anne.

Ya en el salón, fue Patrick el primero en hablar.

Habían decidido, los tres, ir a vivir allí. Ya para siempre pues en realidad comprendían que en ningún sitio estarían mejor que en la casa en la que habían nacido.

—Siempre que tú quieras acogernos… —sonrió Patrick, levemente encanecidas sus sienes, muy arrogante aún a sus cincuenta años.

—No podemos olvidar —añadió Donald, elegante, distinguido,



aparentando unos treinta y ocho años, o incluso menos— que la casa es tuya, Meredith, y que la última palabra te corresponde a ti.

—Todo harta, hasta viajar —dijo Margot, aún joven y todavía muy atractiva—. Me gustaría quedarme.

—¿Qué ha pasado para que de pronto os hayáis decidido a venir...? —barbotó Meredith—. ¿Tramáis algo en especial...? ¿O simplemente os habéis quedado sin blanca...?

—Yo no ando muy bien de dinero —reconoció Patrick.

—Yo tampoco —dijo Donald.

—De mi cuenta corriente vale más no hablar —repuso Margot.

—No tengo inconveniente en que os quedéis —sentenció Meredith poco después—.

Pero os voy a pedir algo a cambio. Seréis cariñosos con la pobre Nancy...

—¡Oh, tía! —y la muchacha se sonrojó.

—La pobre Nancy —repitió—, a quien no esperabais encontrar aquí y menos aún en estas circunstancias. Pero aquí está y no va a irse. Vale más que lo sepáis.

—Poco nos ha de costar ser cariñosos con Nancy. También es nuestra sobrina —y fue el elegante y distinguido Donald quien a continuación había de pronunciar un nombre que hacía años que nadie se atrevía a mentar en aquella casa—. Es la hija de Janet.

Llegó Anne con el café y de momento, mientras servía, dejaron la conversación.

—Antes servía Caroline —recordó Patrick apenas con la taza de café en la mano.

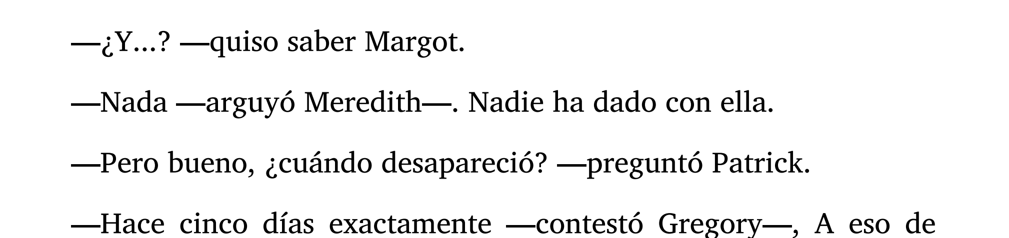
—Ha desaparecido —le respondió Gregory.

—¿Cómo...? —preguntó Margot.

—Ha desaparecido —repitió Gregory—. No sabemos dónde está.

—Sí que es extraño... —comentó Donald.

—¿Habéis notificado el hecho a la policía...? —preguntó Patrick —. Vale más hacerlo, por si acaso.



—Si, hemos notificado el hecho a la policía —manifestó Gregory.

—¿Y…? —quiso saber Margot.

—Nada —arguyó Meredith—. Nadie ha dado con ella.

—Pero bueno, ¿cuándo desapareció? —preguntó Patrick.

—Hace cinco días exactamente —contestó Gregory—, A eso de media tarde.

—¿Se había enfadado con alguien…? —preguntó Margot a su vez.

—Con nadie —dijo Meredith—. Además, estaba muy contenta porque iba a casarse.

—¿Iba a casarse…? —Margot hizo un gesto de sorpresa.

—Si, si, iba a casarse —repuso el jovencito Gregory—, Por lo visto también las feas gustan a los hombres.

CAPITULO V

Había esclarecido el asunto que le había llevado hasta allí. Susannah acudía al caserón para ensayar su papel en una película. Lo que a su cliente Samuel Moore le interesaba saber, estaba ya averiguado. Su cometido había concluido.

Pero Stuart Baxter pensó que el ensayo de esa película quizá tuviera que ver con la desaparición de Caroline. Nunca se sabe.

Además, que Nancy decía estar paralítica y eso no era cierto. Había evidentemente que esclarecer muchos pormenores para llegar al fondo de todo aquello.

Desde luego, las circunstancias le habían ido de cara. El jovencito Gregory, amable y afectuoso, le había ofrecido pasar la noche en su casa, bueno, en la de su tía Meredith. Y su tía Meredith, aunque a todas luces una mujer un poco rara, le había recibido sin ninguna clase de reparos.

En conclusión, la habitación de los huéspedes, la que acababan de destinarle, era holgada, acogedora, y Stuart se dijo que no podía quejarse.

Por lo menos no hubiera podido quejarse de no existir tantos interrogantes a su alrededor. Pero, en fin, ése era su oficio. En el que se sentía como pez en el agua.

Antes de acostarse miró a través de los cristales de la ventana, hacia donde debía hallarse el lago.

Sin embargo, miró por orientarse, por simple curiosidad, por cualquier cosa menos, claro está, por miedo a ver aparecer a aquel extraño ser, aquella especie de horrible monstruo.

No había tomado en consideración lo oído. Aunque quizá se acercara hasta el lago a echar un vistazo.

Se fumó un cigarrillo y luego se acostó.

Estaba convencido de que aquella noche no iba a suceder nada de importancia.

Quizá más adelante...

Pero esa noche no, así que podía dormir tranquilo.

Lo que hizo, aunque confiado como siempre en su sueño ligero y en su oído finísimo.

Había de despertarse a la mañana siguiente, apenas empezara a clarear el día.

Se vistió y salió al pasillo. Si bien haciéndose cargo de que era demasiado temprano para encontrar levantado a alguien.

En efecto, toda la casa estaba sumida en un profundo y riguroso silencio.

Se dirigió al salón, disponiéndose a hojear unas revistas. Mientras tanto llegaría alguien con quien poder empezar hablar.

Pero allí, en el salón, ya había alguien. Francamente, quien menos podía esperarse.

—¿Usted, Nancy? Sí que es madrugadora…

—No podía dormir —dijo la muchacha—. No hacía más que dar vueltas en la cama.

Stuart se acercó a la rubia y preciosa muchacha que en el sillón de ruedas, con la manta sobre las piernas, seguía adelante con su comedia.

—¿Qué pasa, no le gusta la perspectiva de vivir entre tantos tíos? —le preguntó—. Y digo tíos en el mejor sentido de la palabra, naturalmente.

—No es eso —repuso ella—. Tía Meredith me ha ofrecido su ayuda, su protección, y le estoy muy agradecida. Pero todo esto resulta nuevo para mí y debe ser por eso que…

—Me hago cargo —replicó Stuart—, está usted acostumbrada a otra clase de vida. —Y añadió de pronto, sin querer andarse por inútiles ramas—: Por ejemplo, está acostumbrada a hacer *strip-tease*.

—¿Qué…? —Y Nancy se llevó un enorme sobresalto, que la sofocó de sobremanera—,

¿Qué ha dicho usted…?

—Lo que ha oído, no hace falta que se lo repita.

—Es que yo… yo… —tartamudeó ella de un modo torpe y aturdido.

—Usted estaba anteanoche en… —le citó el nombre del local—. Yo la vi. No, no me cuente que tiene una hermana gemela, por favor.

Perderíamos el tiempo lastimosamente.

Nancy se ocultó el rostro entre las manos y se echó a llorar. Es todo lo que hizo.

Stuart le dio tiempo a calmarse, a serenarse, y seguidamente le propuso:

—¿Por qué no me explica toda la verdad? Me gustaría saberla. Soy muy curioso.

—Se lo ruego… —repuso la muchacha entre lágrimas—, no diga a nadie lo que sabe. ¡No lo diga, por amor de Dios! Dependen tantas cosas de su discreción…

—Le prometo ser discreto —le aseguró el alto y atlético detective, más conmovido de lo que hubiera deseado ante las tiernas miradas de aquel verdadero encanto de chica—.

Siempre y cuando usted sea sincera conmigo.

—Lo seré… lo seré… —afirmó ella. Y al mirar a su interlocutor demostró claramente que había en él algo que le infundía valor y confianza.

—Hable —repuso Stuart.

—Cierre la puerta —había bajado discretamente la voz—. Nadie debe oír lo que yo le diga.

—Como quiera —y Stuart se acercó a la puerta y la cerró.

Ya a solas se sentó cerca de la rubia muchacha.

—Bueno, ya la estoy escuchando…

—Para que me comprenda mejor será preferible que empiece por el principio.

—Lo dejo a su elección.

—Pues bien… —comenzó a decir Nancy—. Noel Porley, un hombre riquísimo, se casó con una muchacha de la que se había enamorado perdidamente. De esa unión nació tía

Meredith y mi madre. Pero mi abuela murió y mi abuelo volvió a casarse. De esta segunda unión nacieron Patrick, Donald y Margot. Hasta aquí, al parecer, todo normal…

Nancy se detuvo unos instantes.

Stuart quedó con la mirada clavada en ella.

—Pero sucedía algo un tanto especial —prosiguió la muchacha—, mi abuelo sólo quería a Meredith, tal vez porque era su vivo retrato. No, no tenía nada en contra de ninguno de sus otros hijos, pero lo dicho, adoraba a Meredith. Así que, cuando mi abuelo murió dos meses después de hacerlo su segunda esposa, toda su fortuna fue a parar a su preferida...

A sus demás hijos sólo les dejó algo, simplemente para consolarles...

—Prosiga, Nancy —dijo esta vez el detective—. Esto empieza a ponerse interesante.

Siempre se ponen las cosas interesantes —detalló— cuando sale a relucir el dinero.

—Tío Patrick se casó y se fue de esta casa, aunque a menudo había de volver por aquí con su esposa. Al principio con ella y luego, unos cuantos años después, cuando nació Gregory, pues con él... En cuanto a tío Donald y tía Margot, han vivido a su aire, por un lado y por otro, gastando lo poco que tenían o lo poco que ganaban, y procurando estar siempre a bien con tía Meredith. Porque mi tía Meredith es mucho mayor que ellos y porque además está enferma del corazón... Usted ya me entiende...

—Perfectamente —aseguró Stuart.

—Por lo que se refiere a mi madre, se llamaba Janet, siempre había sido el ojo derecho de tía Meredith, no en vano era su única y verdadera hermana. Y claro, todos daban como algo inevitable que tía Meredith haría testamento en favor de ella. Pero de pronto sucedió algo... Nadie supo lo que fue. Tía Meredith se encolerizó con mi madre, le dijo que la aborrecía y le ordenó que se marchara de esta casa para siempre. Mi madre lo hizo así, aunque convencida de que tía Meredith no tardaría en rectificar... En realidad, tía

Meredith se había vuelto rara, y tenía manías y hacía excentricidades... Todos pensaron que despachar a su hermana había sido algo de lo que se arrepentiría en seguida...

—¿Y no fue así? —preguntó Stuart.

—No. Tía Meredith siguió asegurando que aborrecía a mi madre.

Por lo que respecta a ella, a mi madre, conoció a mi padre y se casó. Nací yo y Harry… Harry —detalló la muchacha— tiene ahora quince años y está muy enfermo del riñón. Sólo una delicada intervención quirúrgica ha de poder salvarle.

—Creo que empiezo a comprender…

—Ha de saber —prosiguió Nancy— que mi madre, que tuvo la desgracia de quedarse viuda muy joven, sufrió muchas vicisitudes a lo largo de su vida. Y ha de saber, que por mi bien y el de mi hermano, acudió en una ocasión a tía Meredith… Se rebajó, le suplicó, pero todo fue en vano. Tía Meredith se mostró inflexible con ella, aunque siempre sin decirle por qué la aborrecía de aquel modo… La verdad es —resumió la muchacha— que todo el cariño que antes sentía por mi madre lo había depositado en Gregory… Quien ahora vive aquí… Su padre le obligó a venir… La herencia de tía Meredith no es nada despreciable…

—El dinero nunca lo es. Por lo menos todo el mundo piensa así.

—Por lo que atañe a mí, a esta comedia… —y Nancy señaló sus piernas—, voy a explicárselo todo ahora…

—De acuerdo —y Stuart quedó a la espera de que la rubia muchacha le pusiera al corriente.

—Mi madre murió y yo me quedé como único soporte de mi hermano Harry —empezó a decir Nancy—, Al principio todo fue relativamente bien. Yo tenía un buen empleo, un sueldo decoroso, e íbamos tirando. Pero el director de la empresa se fijó en mí y quiso hacer el amor conmigo… Ni siquiera se tomó la molestia de decirme que me quería… Simplemente se propasó y quiso, en el mismo despacho, sobre la alfombra, pasarlo bien conmigo. No era más que un puerco, y perdone usted la expresión, y le mandé a paseo.

No me lo perdonó y acabé en la calle. A partir de entonces, mi búsqueda de empleo se convirtió en todo un peregrinaje. A donde sea que me dirigía, primero se fijaban en mis posibles encantos que en mis estudios…

—Lamentable —intercaló Stuart Baxter.

—Y para terminar de complicarlo todo, mi hermano enfermó hace unos dos meses. El riñón, ya se lo he dicho. Sólo interviniéndole podrá salvarse. Y se trata de una operación costosa… Y en fin, que decidida a ganar el dinero como fuera, acepté hacer *strip-tease*. El dueño de ese local al que usted fue anteanoche no cesaba de proponérmelo.

Además, se había ofrecido a adelantarme la cantidad precisa para que fuera posible llevar a cabo la intervención quirúrgica. Pero… —la muchacha se detuvo— pero… me faltó valor. Empecé a desprenderme de la ropa, una pieza tras otra, pero al llegar al sujetador ya no pude más de vergüenza y me quedé parada… Al poco echaba a correr y escapaba de allí como del diablo. Usted mismo pudo verlo…

—No, no lo vi —repuso Stuart—. Dejé de contemplarla para hablar con una persona.

—¡Oh, debiera tomármelo como una ofensa! —Nancy intentó bromear—. Pero bueno, aún no le he dicho por qué estoy aquí.

—Estoy esperando que me lo diga.

—La vieja sirvienta de la casa se llama Anne, siempre quiso mucho a mi madre, y a menudo, cuando mi madre vivía aprovechaba su día libre para salir de esta casa e ir a verla. De este modo, a través de los años, me cogió también mucho cariño a mí. Pues bien, el otro día Anne vino a verme y dijo lo que había sucedido…

—¿Qué había sucedido?

—Tía Meredith había estado en la cama debido a uno de sus ataques al corazón.

Durante las noches, Anne la estuvo velando. Y fue durante una de esas noches cuando tía Meredith se puso a hablar en voz alta. Decía y repetía que el aborrecimiento que nació dentro de ella hacia su hermana Janet no era lógico que me llegara a mí, a su hija, pero que nunca, jamás, doblegaría su orgullo confesando lo que sentía… A menos que… que…

—¿Qué? —preguntó Stuart al ver que Nancy se quedaba a medias.

—A menos que yo sufriera alguna desgracia muy seria… Como por ejemplo, y lo dijo bien claramente, que sufriera un accidente y me quedara paralítica… Pues bien — continuó diciendo Nancy—, se trata de que Anne fue a proponerme que me hiciera pasar por paralítica…

—Una proposición un tanto desorbitada, ¿no cree?

—Sí, lo creo —asintió Nancy—. Pero a Anne le guía el propósito de que tía Meredith se encariñe conmigo y acabe dejándome toda su fortuna. No le cae bien mi primo Gregory, y menos aún mis tíos Patrick, Donald y Margot.

—Y a usted le pareció bien el plan, ¿no es eso?

—No, me pareció mal. Pero estaba desesperada, necesitaba dinero para pagar las facturas de la clínica en que se halla mi hermano y necesitaba también dinero para la intervención, y pensé que si accedía a esto sería fácil que tía Meredith acabara solucionándomelo todo. En conclusión, le dije a Anne que si, que de acuerdo. Y Anne regresó aquí y le dijo a tía Meredith que casualmente había sabido de mí y que estaba paralítica desde hacía dos años. Y tía Meredith, de forma rápida, casi precipitada, dio la orden de ir a buscarme. Y aquí me tiene, esperando que usted no me delate.

—No lo haré. Puede estar tranquila.

—Se lo agradezco mucho.

* * *

—Bueno —resumió Stuart Baxter pasados un par de minutos—, ante todo me alegro que…

Ante su interrupción, Nancy se le quedó mirando interrogativamente.

—¿De qué se alegra? —le preguntó.

—De que no se desnudara —dijo Stuart, con sinceridad—. Me satisface saber que dejó a aquellos hombres con las ganas de verla. Aunque me imagino el disgusto que tendrían, desde luego justificado, pues es usted una chica fuera de serie.

—Gracias —le sonrió Nancy.

—Pero estaría de más que yo me alargara ahora en galanterías y adulaciones hacia su belleza, hacia sus encantos, lo que, por otra parte, haría muy gustosamente —añadió Stuart—. Se trata de que debo aprovechar estos momentos para prevenirla de los peligros que corre, o que puede correr si mi olfato no me engaña…

—¿A qué se refiere? —preguntó la muchacha.

—Ha desaparecido Caroline, la sirvienta joven de la casa, ¿no es eso?

—Sí —asintió Nancy—, ¿pero qué tiene eso que ver con que usted deba prevenirme a mí?

—Tengo el presentimiento de que a Caroline le ha sucedido algo malo. No deseo asustarla, pero apostaría lo que fuera a que está muerta...

Nancy se llevó las manos a la boca. Acababa de escapársele un pequeño grito.

—¿Qué disparate es ése...? —protestó.

—Voy a serle sincero, confiando en su discreción como usted confia en la mía. Soy detective.

—¡Oh, detective! —y debió gustarle que así fuera porque su expresión se animó.

—Y lo que le he aventurado respecto a Caroline, no lo dude, se lo he dicho dejándome guiar por mi experiencia profesional —añadió Stuart.

—Me está asustando.

—A veces es conveniente estar un poco asustado.

—Pero..., pero... —Nancy no sabía qué pensar de todo aquello.

—Me expresaré con brevedad —repuso Stuart—, no vaya a ser que llegue alguien y nos quedemos a medias. No quisiera irme de esta casa sin haberla prevenido del todo.

—Dígame —y presintió que Stuart Baxter tenía razón, ella también empezaba a olfatear de un modo extraño.

—Si yo acierto, y Caroline está muerta, eso demostraría que a alguien le estorbaba que siguiera viviendo, ¿no es eso? Pues bien, ese asesino debe seguir pretendiendo algo. No tendría sentido llevarse al otro mundo a una pobre sirvienta así porque sí, sin más...

—No, claro —dijo Nancy.

—Por lo que se desprende que hay de por medio un factor preponderante. ¿Cuál puede ser? Yo me atrevería a asegurar que es el dinero. El dinero de su tía Meredith, por descontado.

—No comprendo adónde quiere ir a parar.

—Patrick, Donald y Margot desean heredar a su hermanastra, y hasta ahora han debido verlo bastante claro —dijo Stuart—, La deducción es sencilla y a la vez, sin lugar a dudas, válida. Pero de

pronto surge usted, una pobre paralítica que inspira piedad…

Stuart se detuvo. Para dar tiempo a que la muchacha asimilara lo que hasta entonces había dicho.

—Prosiga, se lo ruego —y la respiración de Nancy era ligeramente entrecortada.

—Sus tíos, y también su primo Gregory, deben temer ahora que el cariño de tía

Meredith se desvíe de trayectoria. Y ese temor, mal contenido, podría, si es que en efecto hay en todo esto metido un asesino…

—¿No peca de… demasiada imaginación? —se atragantó Nancy.

—Hay un importante dato a considerar. Al poco de llegar usted a esta casa, han llegado a su vez Patrick, Donald y Margot, decididos a quedarse. Una coincidencia significativa, ¿no le parece?

—Sí —asintió Nancy.

—Alguien ha debido ponerles al corriente de su llegada, y los tres, de común acuerdo, han decidido venir. Se trata por lo visto de defender con uñas y dientes esa herencia que ya daban como suya.

—De todos modos —observó Nancy, tras haber reflexionado un poco—, nadie sabía que yo iba a venir aquí cuando desapareció Caroline… Así que no creo que haya puntos de contacto entre una cosa y la otra. Por lo demás, y en defensa de mis tíos, ellos no estaban aquí cuando Caroline desapareció. Estaban lejos.

—¿Ah, sí? —inquirió Stuart con gesto escéptico—. ¿Cómo lo sabe…?

—Llegaron ayer noche.

—Eso parece. Desde luego, tiene usted razón en algo…

Nadie sabía que usted iba a venir cuando desapareció Caroline. Esto es, francamente, lo que más me da que pensar… Pero, en fin, es demasiado pronto para que el asunto quede debidamente esclarecido. De momento, limítese a tener cuidado y a no fiarse de nadie. Y si se ve en algún peligro —añadió Stuart finalmente—, no le importe levantarse de este sillón y echar a correr. Créame, lamento no poder quedarme para cuidar de usted.

—Sí, claro, va a tener que irse —lo dijo pesarosamente.

—No me queda otro remedio.

—Gracias por todo. Por su discreción y por sus consejos… —Nancy intentó sonreírle—. De todos modos, espero que se haya equivocado y que Caroline aparezca con vida en el momento menos esperado.

—No se haga ilusiones.

CAPITULO VI

Durante el desayuno, Patrick, Donald y Margot estuvieron sumamente amables con Stuart. Hasta el extremo que el interesado no pudo menos de pensar que se estaban afanando por causarle una buena impresión.

Por descontado, Stuart no estaba dispuesto a irse de allí sin haberse enfrentado abiertamente a ellos, a los tres. Aunque lo haría lo más diplomáticamente posible, esto por descontado.

Así que, habiendo salido a relucir nuevamente la sirvienta desaparecida, comentó:

—Lo que estaba pensando hace poco. Si la policía me preguntara dónde estaba yo exactamente la tarde en que Caroline desapareció, soy tan desmemoriado que en verdad no sabría...

—¿Ya santo de qué había la policía de preguntarle eso a usted? —quiso saber Patrick, con tono agrio, mientras se pasaba los dedos por una de sus encanecidas sienes—. Usted llegó ayer noche... Y Caroline desapareció hace ya días... No tendría sentido...

—¡Oh, sí, lo tendría! —aseguro Stuart—. Yo pude venir aquí sin que nadie me viera, matarla, y...

—¿Matarla? —inquirió Margot con un estremecimiento—, ¡Vaya con lo que nos sale usted!

—Pude hacerlo, y luego, transcurridos unos días, entrar en el caserón para propiciar un encuentro con usted —se volvió hacia el jovencito Gregory— y para conseguir que usted, amable y afectuoso, me invitara a pasar la noche bajo este techo...

—Y todo eso, ¿para qué iba a hacerlo usted? —inquirió el elegante y distinguido Donald—. Las cosas se hacen por algo, ¿no?

—Desde luego —afirmó Stuart—. Y ese algo, solapado, encubierto, le corresponde averiguarlo a la policía. Por lo que en consecuencia pueden hacer preguntas de todo tipo... Como esa a la que yo me he referido... Por cierto —y el detective se volvió esta vez hacia Patrick—, si le hicieran la pregunta a usted, ¿qué respondería a la policía?

Meredith se rió, pareciéndole aquello muy divertido. Por lo que Patrick se vio en la imposibilidad de demostrar que le había sentado mal, pésimo, aquella forma de enfocar el caso. Forzó una sonrisa.

—Pues yo estaba… estaba… en Londres —había vacilado—. En una sala cinematográfica.

—¿Acompañado? ¿Solo? ¿Qué película vio? Estas serian —añadió Stuart— las siguientes e inevitables preguntas de la policía.

—Estaba solo. La película era buena, ya la había visto con anterioridad…

—Y tú, Margot —intervino Meredith, interrumpiendo a su hermanastro Patrick—, ¿dónde estabas exactamente aquella tarde?

—De compras —contestó la aún atractiva Margot, sin tomarse a mal la pregunta, respondiendo con naturalidad y desenvoltura—, Me compré dos trajes preciosos.

—Y tú, Donald —inquirió de nuevo Meredith—, ¿dónde estabas…?

—Con una mujer adorable —contestó.

—¿Quién era ella?

—No puedo decírtelo. Esa mujer es casada y yo me las doy de ser todo un caballero.

—De hacernos la policía tantas preguntas, supongo que también me tocaría el turno a mí —dijo el jovencito Gregory, y al parecer él también seguía aquello como un juego, como un entretenimiento—. Pues yo estaba en el caserón, ensayando mi papel en la película.

—Con Susannah, supongo —dijo Meredith.

—No —contestó Gregory—. Estaba solo. A veces me gusta ensayar por mi cuenta.

—Pero bueno —Stuart se esforzó por quitar tirantez y violencia al ambiente—, mi enfoque del asunto ha sido meramente hipotético… Parecen habérselo tomado excesivamente en serio…

—Como un juego —dijo Meredith—. A mí me ha divertido.

—Lo celebro, señora.

—Si, sí, me ha divertido —corroboró Meredith.

—Pero yo me he limitado —era como si Stuart deseara disculparse un poco ante todo ellos— a exponer un sencillo punto de vista. Todos, sin excepción, podemos resultar sospechosos de haberse

cometido un crimen.

—No comprendo —repuso Margot— por qué hemos de pensar en un crimen. La sola idea resulta horrible.

—Estoy con usted —contestó Stuart.

Y como sea que Stuart mirara con cierto atrevimiento el generoso escote de Margot, ésta se sintió halagada.

No así Nancy, que se mordió los labios en un gesto de enojo que Stuart encontró sencillamente encantador.

Poco rato después, Stuart Baxter agradecía a Gregory y a Meredith su amable hospitalidad y se despedía de todos ellos.

—Ha sido un placer conocerla, Nancy —dijo a la muchacha paralitica.

—Espero volver a verle —le dijo ella, y en su tono hubo algo muy parecido a un fervoroso ruego.

* * *

Stuart Baxter salió de aquella casa espléndida, magnífica, y subió a su coche, alejándose a decorosa velocidad hacia Marnesstton.

Ya en dicha localidad, pasó ante la pequeña casa de su cliente, Samuel Moore. Pero no se detuvo. Siguió adelante hasta que vio un bar.

Entonces sí, mermó la marcha, se detuvo, se apeó y penetró en el establecimiento.

Acercándose a la barra solicitó una cerveza.

—Eh, oiga —dijo luego—, quisiera hablar con un tal Anthony. No sé su apellido… Sólo sé que es cartero…

—Le conozco —respondió el camarero—. Viene por aquí a menudo. Mire, no puede quejarse de la casualidad, ahí le tiene —y le indicó la puerta.

Acababa de entrar un hombre más alto que bajo y más delgado que grueso. Tendría unos cuarenta años, quizá algunos menos.

—Por favor, ¿me puede conceder un minuto? —le interceptó Stuart, tras habérsele acercado—. Soy detective.

—De acuerdo —aceptó de inmediato. Y ya fuera del local, pues no quiso hablar allí dentro, le preguntó—: Se trata de Caroline, ¿verdad? Ha desaparecido.

—Sí, ya lo sé. Y efectivamente, de ella quiero hablarle.

—Estoy a su disposición. Si con ello puedo ayudar a que los hechos se aclaren…

—Le agradezco que quiera colaborar. Ello puede resultar vital para este asunto, que desde luego tiene mucho de desconcertante.

—Demasiado —opinó Anthony con cara de preocupación.

—Iban a casarse en breve, ¿no es eso?

—Sí —se limitó a decir. Y afrontando abiertamente la escrutadora mirada del detective, añadió—: Antes de que me lo pregunte, voy a decírselo yo. No, no estaba enamorado de ella.

—Le agradezco la confianza.

—En circunstancias como éstas la verdad se hace imprescindible. Otra cosa podría considerarse delito, ¿no cree?

—Tal vez —dijo Stuart aunque no sabiendo del todo a qué estaba aludiendo.

Iban andando por la acera, por la que apenas transitaba gente, sin duda porque el día era frío y cargado de humedad. El coche de Stuart había quedado atrás.

—Le voy a hablar claro —repuso Anthony seguidamente—. Decidí casarme con Caroline por su dinero.

—¿Por su dinero…? —pero Stuart no se mostró asombrado.

—Me dijo cuánto tenía metido en el banco y la verdad es que me quedé tan parado que no acerté a preguntarle cómo se las había arreglado… Sirviendo no es posible ahorrar tanto. Pero preferí no indagar y aprovecharme de la oportunidad que se me ponía por delante.

—¿A cuánto ascendía concretamente esa cantidad? —preguntó Stuart.

Anthony se lo dijo.

El detective soltó un silbido.

—Francamente —opinó—, no está nada mal.

—Ahora que ha desaparecido y que en torno a su desaparición todos son temores, pienso que ese dinero quizá le fue entregado por...

—¿Por qué? —preguntó Stuart.

—Por algún trabajo sucio, deshonesto... No sé, por algo indebido...

—Sí, claro —asintió.

—No quisiera verme complicado en ningún lio. Usted me comprende, ¿verdad?

—Es fácil comprenderle.

—Por eso me he sincerado con usted, para quedar al margen de cualquier posible sospecha. Porque si finalmente Caroline apareciera muerta...

—¿Teme usted eso? —quiso saber.

—Francamente, sí. Y tengo mis motivos... Un día, antes de su desaparición, la vi nerviosa y le pregunté qué le pasaba... ¿Sabe lo que me respondió?

—Lo sabré en cuanto usted me lo diga.

—Que tenía miedo... Y sí, verdadero miedo vi en el fondo de sus ojos. Pero en seguida se animó, sonrió, y me aseguró que era una tonta, que no le tomara en serio. Pero hágase usted cargo, ahora que ha desaparecido sus palabras me vienen al pensamiento y...

—Me hago cargo —aseguró Stuart—. Por cierto, ¿en qué términos le hablaba Caroline de su señora?

—Se quejaba de lo rara que era, y de sus manías, y no sé de cuántas cosas más — repuso Anthony—, pero decía que en el fondo era una buena mujer.

—¿Le nombró, en alguna ocasión, a los hermanastros de su señora?

—Decía que eran como cuervos, a la espera de su presa... Se refería a la herencia de la señora.

—Y de Gregory, el sobrino de su señora, ¿le habló Caroline en alguna ocasión?

—Decía que de ese jovencito se fiaría menos que de un cocodrilo.

—¿Y qué opinión le merecía Susannah, la maestra? Sin duda la conocía bien.

—Sí, la conocía muy bien —aseguró Anthony— y se aseguraba que era una buena chica. Estaba deseando que dejara a un lado sus sueños de ser una gran estrella de cine y que se casara de una vez con su novio, un tal Samuel Moore.

—Debe haber algo entre Gregory y Susannah, ¿no le parece a usted?

—No, no —denegó Anthony—. Por lo menos esto es lo que afirmaba Caroline. Decía que se conocían desde niños y que sentían uno por el otro una sincera amistad. Que eso era todo, por más que las habladurías… Aunque está claro que Gregory es sólo un chiquillo…

—Sí, claro, me hago cargo —repuso Stuart. Y como sea que considerara que ya había interrogado suficientemente a aquel hombre, zanjó así—: Bueno, ya me ha dicho cuanto yo deseaba saber. Le quedo muy agradecido.

—Espero que pueda hacer algo —le dijo Anthony despidiéndose del detective.

CAPITULO VII

Durante el almuerzo, mientras estaban reunidos alrededor de la mesa, Margot había de exponer su deseo de visitar el caserón.

—Por lo que me has contado —y sonrió Gregory—, debe resultar emocionante entrar allí. Aunque yo no soy fácil de asustar.

—Si vas a plena luz del día —repuso Patrick, que por la mañana ya había estado en el mencionado lugar—, posiblemente te quedarás tan fresca. Pero si vas por la noche, yo te aseguro que se te atragantará la saliva.

—Sé que todo es ficticio, preparado —dijo Margot—, Sabiéndolo, no es fácil que a nadie se le atragante la saliva. Pero sin duda, lo dicho puede resultar emocionante.

—La llave del caserón está aquí —Gregory se la mostró, se hallaba sobre uno de los aparadores del comedor—. Cógela y vete cuando quieras. Al regreso ya me contarás cómo lo has pasado.

—¿No te ofreces a acompañarme? —preguntó Margot.

—Si quieres…

—No, no quiero —se rió Margot—. Supondrías que tengo miedo y yo de miedosa nunca he tenido nada. Eso lo dejo para las personas débiles, pusilánimes.

—El caserón ha quedado muy bien ambientado —intercaló Meredith, molesta de que Margot desestimara de antemano el efecto conseguido.

—Pero no creo que eso fuera necesario para que Gregory y Susannah… —empezó a decir Donald, pero vio que le ha- cían un gesto y comprendió que sus palabras no iban a sentar bien a Meredith, así que concluyó—: De todas formas, sí, creo que ha sido una idea magnífica dejar convertido el caserón en lo que será, más o menos, el escenario de la película.

Meredith dejó de sentirse molesta y a continuación se mostró más afable y cariñosa que nunca. Pero con Nancy, no con los demás.

Sus hermanastros, Patrick, Donald y Margot, se intercambiaron miradas entre sí. Todo aquello empezaba a no gustarles nada. Lo que se dice nada.

Buscaron la mirada de Gregory, pero éste, hablando de su papel de protagonista en la película que iba a financiar tía Meredith, no

parecía darse cuenta de que la situación se estaba complicando. Porque se trataba de que la fortuna de Meredith fuera para ellos.

No, no debían permitir que Nancy acabara llevándose todo.

En fin, ya hablarían entre ellos y tomarían las medidas pertinentes. De momento debían aceptar mansamente los desagradables altibajos de aquella situación.

Por su parte, Margot había decidido ir al caserón. Pero lo haría cuando fuera ya de noche y su pequeña aventura, entre sombras y oscuridad, prometiera aportar una dosis de mayor emoción.

Llegada la hora que consideró oportuna, cogió la llave que seguía estando sobre uno de los aparadores del comedor y salió de la casa.

Se encaminó hacia el caserón.

Ya allí, abrió la puerta y pisó el amplio y destartalado vestíbulo, buscando el interruptor de la luz.

No dio con él, así que tuvo que conformarse con la claridad que entraba por las ventanas. Una claridad muy tenue, pues el cielo se hallaba algo encapotado.

Pero no estaba dispuesta a asustarse. Sabía de qué iba la cosa.

En consecuencia, cuando distinguió la enorme serpiente enroscada al barandado de la escalera, sólo se le ocurrió pensar que su hermanastra Meredith estaba mal de la cabeza.

Como para encerrarla y no dejarla salir.

¿Pero qué es lo que Margot sintió poco después, de pronto, apenas hubo adelantado unos pasos?

No hubiera sabido explicarlo. Fue algo que le agarrotó el corazón.

Sin embargo, pasados unos segundos, sí supo lo que sentía. Lo mismo que debe sentir una mosca al caer en una tela de araña.

«Qué tontería...», pensó, queriendo tomarse a broma sus temores.

Pero le dominó aún más aquella sensación de miedo, porque aquello era miedo, y comprendió que lo mejor que podía hacer era dar media vuelta y marcharse de allí.

Aún así, vaciló un poco.

Sin embargo, terminó haciendo caso a su sexto sentido, y retrocedió, yendo hacia la puerta de salida.

Al querer abrirla, vio que estaba cerrada. Herméticamente cerrada.

Se estremeció desde las uñas de sus pies hasta la punta de sus cabellos.

Alguien había hecho aquello. No cabía, evidentemente, pensar ni suponer otra cosa.

Sujetando el pomo con ambas manos, agitó con fuerza la puerta. Luego le dio golpes.

Nada. Nada. La puerta no se abrió.

Apenas conteniendo el temblor que la agitaba, la aún atractiva Margot optó por cruzar el vestíbulo y buscar otra salida. Sin duda la había.

Reparó en la puerta de la derecha, y se decidió a abrirla.

Y así lo hizo.

Pero aquel salón, con sus muebles cubiertos con fundas, no tenía otra entrada o salida que aquélla, la que ella acababa de franquear.

Vio una puerta a la izquierda del vestíbulo, al otro lado.

Se dirigió Hacia allí.

Y apenas la hubo abierto, contempló un macabro y espeluznante espectáculo. De las vigas del techo pendían colgadas cuatro mujeres. Jóvenes y viejas. De todo había.

Colgadas de los pies. Con las manos atadas a la espalda. ¡Estaban sin cabeza!

Pero Margot sabia que se trataba de simples muñecas de trapo de tamaño natural. No de otra cosa. Por lo que se propuso no asustarse más de la cuenta.

Sin embargo, alguien la había encerrado en el caserón y eso le hacía temer...

¿Qué le hacía temer?

Tal vez que hicieran con ella lo mismo que con Caroline.

¿Pero qué es lo que habían hecho con Caroline?

No lo sabía.

Ella sólo sabía que Caroline había desaparecido.

De pronto, Margot desorbitó los ojos.

¿Qué es lo que estaba viendo...? Porque lo estaba viendo bien claramente.

Una de aquellas muñecas de trapo, colgadas de los pies, con las manos atadas a la espalda, sin cabeza, se movía, se balanceaba.

Eso significaba, pues, que instantes antes alguien había debido darle un golpe, un empujón. De no ser así, la muñeca de trapo estaría totalmente inmóvil.

En medio del temblor de sus piernas y de todo su cuerpo, sintió una extraña angustia.

Que le subió y le bajó del estómago como un ascensor viejo.

Hasta que pensó que debería girarse y ver si tras ella había alguien.

Pero antes de decidirse a hacerlo, oyó un ruido a sus espaldas. Entonces ya no le cupo la menor duda.

Tenía compañía.

Un ramalazo de frío se le incrustó en la espalda.

A pesar de todo, Margot se giró...

Y entonces vio a la persona que estaba allí. ¡Alzaba en el aire un sable de reluciente y cortante hoja!

El miedo sentido hasta entonces no fue nada.

Nada comparado con lo que sintió en aquel enervante y desquiciado instante.

Acababa de experimentar un pavor que petrificó la médula de todos sus huesos y congeló el contenido de todas sus venas. Por lo que, incapaz de reaccionar, fue testigo del avance del sable...

Un avance rápido, vertiginoso, que le hizo sentir un pánico desbordante, un pavor irreprimible, un terror que desde luego iba más

allá de lo que un ser humano puede imaginar.

Pero sólo fue durante unos breves, brevísimos instantes.

Aún así, en esos instantes quiso gritar, vociferar, chillar, aullar. Lo que fuera.

La voz no le salió. Parecían habérsele roto las cuerdas vocales.

Bueno, un quejido henchido de horror si afloró a sus labios. Fue como si en última instancia pidiera misericordia a un cruel y desalmado asesino que, lo sabía, no iba a sentir piedad de ella.

—Pied...

Lo dicho, no tuvo tiempo de pronunciar la palabra.

El sable había actuado con precisión, con exactitud, y también con inusitada y estremecedora velocidad.

¡Zas!

Pasó como una exhalación por el cuello de Margot, seccionándoselo de un lado al otro, de oreja a oreja.

Lo mismo que, con aquel trozo de cristal, le había sucedido a la pobre Caroline.

Se deducía claramente que la mano asesina era la misma. Había actuado con la misma táctica. Con análogo método. Con idéntico sistema.

Pero en esta ocasión la cabeza de la víctima no se tambaleó.

Esta vez la cabeza fue cortada enteramente, de cuajo, y saltó limpiamente de entre los hombros.

Una recién afilada guillotina no hubiera podido hacerlo mejor.

* * *

El jovencito Gregory no se había dado cuenta de que la llave del caserón no se hallaba sobre el aparador del comedor. Al menos no había hecho mención de ello. El tenia su llave.

Salió de la casa.

Susannah ya estaba allí, esperándole.

Solían reunirse a aquella hora, cuando ya se había hecho de noche. Entonces se iban juntos al caserón y allí se aprendían sus respectivos papeles en la película, y sobre todo las escenas que tenían que llevar a cabo conjuntamente.

Tenían poco trecho que recorrer. De la casa al caserón apenas habían unos quinientos metros.

Esa noche, sin embargo, habían de tardar en llegar.

Susannah había de detenerse más de una vez diciendo que no le gustaba que tía Meredith les obligara a actuar de aquel modo.

—Siempre a oscuras, con la serpiente enroscada al barandado de la escalera... Siempre con las muñecas de trapo y las cabezas cortadas...

—Por favor —Gregory intentó calmarla, tranquilizarla—, sabes que todo eso no es más que una pura ficción. No tienes por qué ponerte nerviosa.

—Lo sé —admitió la muchacha—. Pero convén conmigo en que no es normal que procedamos de ese modo. Los artistas se aprenden lo mejor que pueden el guión, y las escenas. y luego, ya en los estudios cinematográficos...

—Si actuáramos así, simplemente así —le dijo Gregory—, a tía Meredith no le gustaría,

y no sólo eso, como ha sido ella la que ha organizado todo este tinglado, pues se tomaría a mal el desaire... ¿Y sabes lo que haría? Cambiaría de idea y no financiaría la producción.

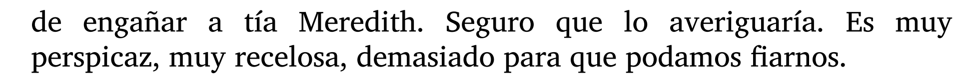
En cuyo caso, no hace falta decirlo, el director de la película se buscaría a otros para interpretarla.

—Sí, claro —admitió Susannah—. Sin duda sucedería como dices. ¿Pero por qué ha de ser así tu tía? Yo me estoy poniendo mal de los nervios.

—Tampoco hay para tanto, Susannah. Sabes de sobra que todo está preparado por nosotros mismos y que...

—Se me ha ocurrido una idea, Gregory —la muchacha se había detenido una vez más—. Podemos decir a tu tía que lo hacemos todo como ella desea, pero a la hora de la verdad...

—No, no —negó Gregory con gesto decidido de cabeza—. Nada


de engañar a tía Meredith. Seguro que lo averiguaría. Es muy perspicaz, muy recelosa, demasiado para que podamos fiarnos.

—Pero trabajar en unas condiciones así —insistió Susannah— casi hace odiar el deseo de llegar a ser una artista famosa.

—No digas esto. Ese deseo, tanto en ti como en mí, es más fuerte que nada. Por lo demás, me ha costado mucho convencer a mi tía, tú ya lo sabes, y no, en modo alguno podemos ahora echar por la borda todo lo conseguido.

—Sí, claro —asintió finalmente la muchacha—. Tienes razón. No podemos hacerlo.

Siguieron avanzando hacia el caserón.

—¿No sospecha nada Samuel...? —preguntó Gregory.

—No sé —dijo la muchacha—. Ultimamente parece que me mira de un modo diferente.

—Si se hubiera enterado de algo te lo habría dicho.

—Supongo que sí. De todos modos, cuando estoy a su lado siento remordimientos de no haberme sincerado con él. Es bueno, y me quiere.

—De estar al corriente de todo, quizá no se mostrara comprensivo. No sólo respecto a tus deseos de ser artista de cine, sino a nuestra sincera y leal amistad. Quizá pensara que hay algo entre nosotros.

—Sí, es posible.

—Y bien mirado sería lógico que recelara de mí, ya soy todo un hombre. Además, tú eres una chica muy bonita.

Habían empezado a tomárselo mejor. Incluso habían acabado bromeando un poco.

Así que entraron en el caserón sin que, al parecer al menos, sus nervios se hallaran tensos.

Pero apenas estuvieron entre la oscuridad de aquel amplio y destartalado vestíbulo, Susannah sintió que los nervios se le escapaban.

—Tranquila, tranquila... —dijo Gregory adivinando lo que sentía.

—Anda, sube la escalera y enciende la luz. Es la única que funciona, ¿no?

—Tía Meredith quiere que nos familiaricemos con la oscuridad y con esos cadáveres que nos ha puesto aquí y allá para que, llegado el momento, no nos asusten los que nos pongan en los estudios cinematográficos...

—¡Tu tía está trastornada! —exclamó Susannah—, Oh, disculpa, no he querido decir eso...

—Ya lo sé. No hace falta que te disculpes. ¿Por qué escena empezamos...? —preguntó

Gregory seguidamente—. ¿Por la que hacemos en lo alto de la escalera o por la última secuencia del filme, con las cuatro mujeres decapitadas colgadas por los pies de las vigas del techo...?

—Repitamos esta última —se decidió Susannah—, Parece que es la que nos sale peor...

—De acuerdo.

—¿Te sabes de memoria el guión? —preguntó la muchacha—. De no ser así, tendrás que encender la luz para repasarlo... No creo que tu tía Meredith quiera también que leas a oscuras...

—No ironices, y piensa que pronto estaremos en los estudios cinematográficos. Vale la pena el sacrificio. Sí —asintió seguido—, me sé perfectamente el guión. ¿Y tú el tuyo?

—Sí, también me lo sé.

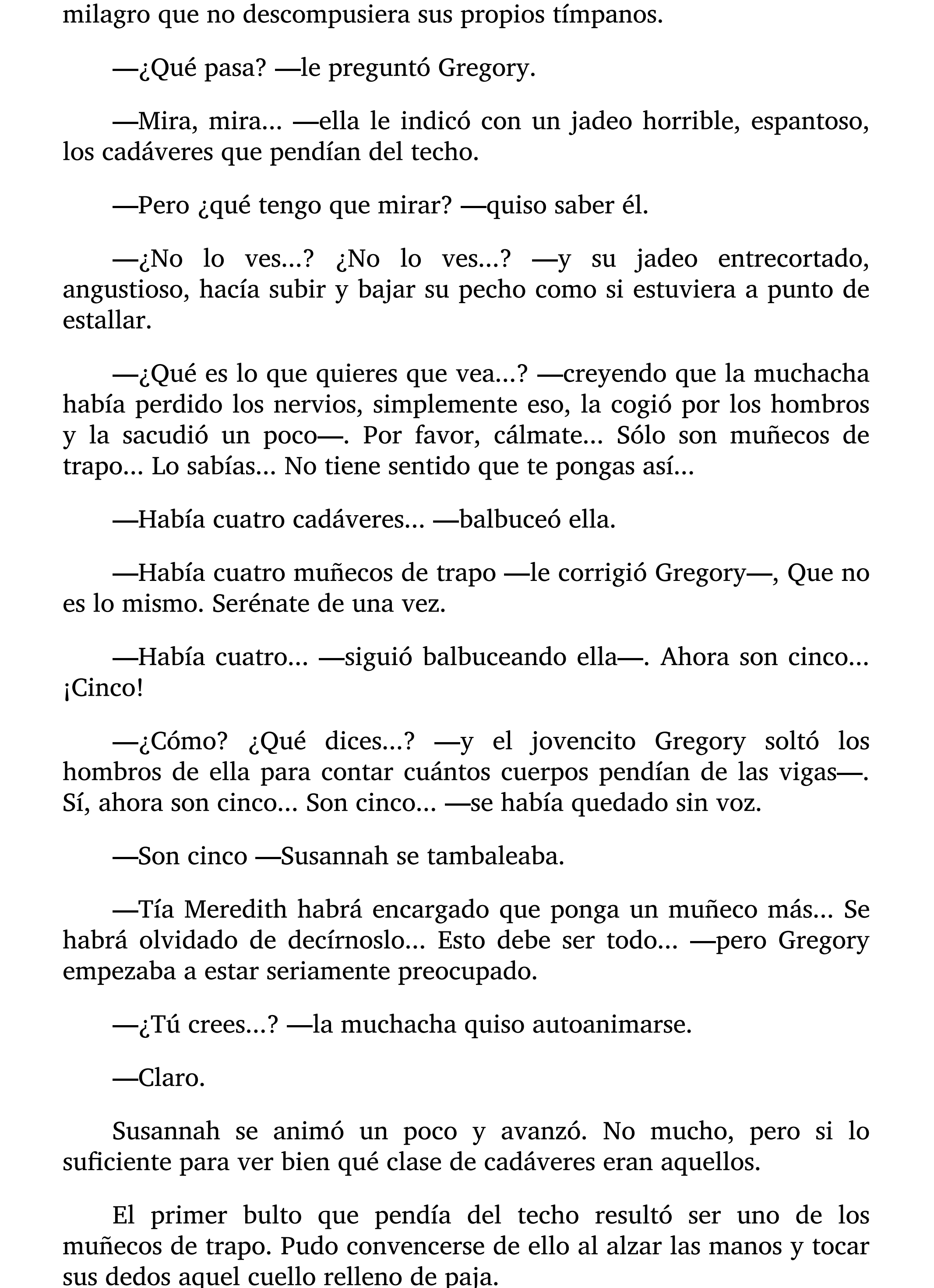
—Pues anda, vamos...

Y se dirigieron hacia la puerta que había a la izquierda del vestíbulo.

Una vez abierta ésta, se dispusieron a entrar en la estancia. Donde unos cadáveres, que no eran más que muñecos de trapo de tamaño normal, permanecían colgados por los pies de las vigas del techo, con las manos atadas a la espalda. ¡Sin cabeza!

Gregory y Susannah se guiaban por la escasa claridad que entraba por las ventanas, como siempre. Estaban acostumbrados.

De pronto, y en realidad antes de que Gregory entrara en dicha estancia, la muchacha soltó un alarido tan estridente que fue un



milagro que no descompusiera sus propios tímpanos.

—¿Qué pasa? —le preguntó Gregory.

—Mira, mira… —ella le indicó con un jadeo horrible, espantoso, los cadáveres que pendían del techo.

—Pero ¿qué tengo que mirar? —quiso saber él.

—¿No lo ves…? ¿No lo ves…? —y su jadeo entrecortado, angustioso, hacía subir y bajar su pecho como si estuviera a punto de estallar.

—¿Qué es lo que quieres que vea…? —creyendo que la muchacha había perdido los nervios, simplemente eso, la cogió por los hombros y la sacudió un poco—. Por favor, cálmate… Sólo son muñecos de trapo… Lo sabías… No tiene sentido que te pongas así…

—Había cuatro cadáveres… —balbuceó ella.

—Había cuatro muñecos de trapo —le corrigió Gregory—, Que no es lo mismo. Serénate de una vez.

—Había cuatro… —siguió balbuceando ella—. Ahora son cinco… ¡Cinco!

—¿Cómo? ¿Qué dices…? —y el jovencito Gregory soltó los hombros de ella para contar cuántos cuerpos pendían de las vigas—. Sí, ahora son cinco… Son cinco… —se había quedado sin voz.

—Son cinco —Susannah se tambaleaba.

—Tía Meredith habrá encargado que ponga un muñeco más… Se habrá olvidado de decírnoslo… Esto debe ser todo… —pero Gregory empezaba a estar seriamente preocupado.

—¿Tú crees…? —la muchacha quiso autoanimarse.

—Claro.

Susannah se animó un poco y avanzó. No mucho, pero si lo suficiente para ver bien qué clase de cadáveres eran aquellos.

El primer bulto que pendía del techo resultó ser uno de los muñecos de trapo. Pudo convencerse de ello al alzar las manos y tocar sus dedos aquel cuello relleno de paja.

Tanteó en el segundo bulto. Lo mismo.

Tanteó en el siguiente...

Susannah soltó un nuevo alarido. Un alarido muy parecido al otro emitido. Lo dicho, como para descomponer sus propios tímpanos.

—¿Qué? ¿Qué pasa...? —y era Gregory quien acababa de comprender que sucedía algo realmente espeluznante.

—Este cuerpo es auténtico... —musitó la muchacha, espantada, aterrorizada, mientras se contemplaba las manos húmedas, viscosas, teñidas de sangre.

—No es posible... —Gregory empezó a bombear con fuerza el aire de sus pulmones, dando la sensación de ser una locomotora de vapor.

—Sí, este cuerpo es auténtico —ratificó Susannah con los ojos dilatados, vidriosos, fuera de sus órbitas. Y seguidamente había de percatarse de algo más—. Este cuerpo lleva el traje de tu tía Margot... —Y con un horror indescriptible, alucinante—: ¡Sí, es tu tía Margot! ¡Y está sin cabeza!

—No, no... —Gregory no quería aceptarlo.

Aceptar una cosa así resultaba demasiado incisivo y taladrante. Demasiado desquiciante

y enloquecedor.

—Sí, sí... —Y Susannah volvió a exclamar, mortalmente lívida, traspasada de sudor por todas partes—: ¡Es tu tía Margot! ¡Y está sin cabeza!

Oyeron un ruido tras ellos.

Como guiados por un, idéntico resorte, se giraron a la vez. A un mismo tiempo. Al unísono.

El miedo a acabar como Margot les indujo, sin duda, a no perder un segundo. Eso podría significar tal vez perder la vida.

¿A quién esperaban encontrarse...?

Al asesino.

Por descontado que sí.

Pero ¿quién podía ser el asesino?

De eso no tenían la menor idea.

Sin embargo, ahora le conocerían. Ahora sabrían quién era. Aunque posiblemente le encontrarían con el sable en la mano…

Porque el asesino había matado a Margot con el sable. Del mismo modo que mataba el protagonista de la película que ellos iban a protagonizar y que iba a llevar por título: *La casa de las cabezas cortadas*.

No obstante, se giraron y vieron que allí no había nadie.

Entonces, ¿quién había hecho aquel ruido? Era evidente que el ruido no se lo habían inventado.

La respuesta resultó espeluznantemente sencilla.

Encima de un viejo mueble alguien había dejado algo…

Ese algo había rodado y había caído al suelo.

Gregory y Susannah se agacharon a recoger aquello que, en medio de las sombras, parecía una pelota de fútbol o de béisbol.

En seguida se dieron cuenta de que aquello que estaba entre sus manos era la cabeza de Margot.

Esta vez gritaron los dos a la vez.

CAPITULO VIII

Stuart Baxter no se había movido de Marnesstton.

Había estado buscando la información que necesitaba para dejar más o menos solucionado todo aquel asunto.

Pero fue precisamente al indagar cuando comprendió, y lo comprendió de una manera rotunda, que con la desaparición de Caroline había empezado lo que, evidentemente, no iba a acabar ahí.

Tan convencido estuvo de ello, que no quiso ir a visitar a Samuel Moore. Le hubiera gustado hacerlo y decirle que todo estaba ya debidamente aclarado.

Pero no, no podía decirle eso. Había algo más bajo en todo aquel asunto, y mientras no averiguara lo que era no podría honradamente dar como finalizado el caso.

Ya por la tarde, había hablado con varias personas. Del lago. De las cosas que se contaban de aquel lugar. Quizá alguna de esas cosas fueran ciertas, auténticas. Cabía esa posibilidad.

No. No había nada de eso. Se trataba únicamente de una vulgar leyenda, que como un legado supersticioso aún guardaban para sí los viejos de la localidad.

Stuart había cogido habitación en el mejor hotel de la localidad. En el mejor y en el peor. No había otro.

Cenó relativamente pronto, mientras reflexionaba sobre lo que creía haber adelantado en sus investigaciones. Antes de acostarse se fumó media docena de cigarrillos.

Y durmió hasta las ocho de la mañana siguiente, hora en la que se despertó, duchándose y aseándose. Luego, tras ponerse otro traje, bajó a desayunar.

Aún no había decidido lo que iba a hacer.

Pero la camarera, una muchacha que normalmente miraba a los hombres con muy mala intención, queriendo incitarles, le dijo, en esta ocasión más asustada que otra cosa:

—¿Se ha enterado, señor? Oh, es horrible, espantoso... Cuando me lo han contado, yo no quería creérmelo...

—¿Qué ha pasado? —preguntó Stuart.

Antes de que la muchacha respondiera, el detective estaba ya seguro de que se trataba de algo relacionado con Meredith Porley o con alguno de quienes vivían bajo el techo de aquella espléndida y magnífica casa, que ciertamente llamaba la atención de todos aquellos que visitaban Marnesstton.

—Han encontrado muerta a Margot Porley… ¡Decapitada!

—¿Cómo ha dicho…? —y Stuart Baxter, preparado a escuchar lo que fuera, no pudo evitar que aquello le pillara de sorpresa.

—¡Decapitada! —exclamó de nuevo la muchacha—. En el caserón, colgada de los pies…

Stuart desayunó, aunque la noticia era como para quitar el apetito a cualquiera. Pero, claro, lo que en realidad hizo es poner en orden sus ideas.

Ahora ya podía partir de la base, de la certeza, de que el asunto estaba todo lo enmarañado que él había supuesto desde el primer instante.

Al salir del hotel se encaminó hacia la casa de su cliente, Samuel Moore. Estaba relativamente cerca de allí.

No cogió el coche. No valía la pena.

Ya ante aquella pequeña casa dio la vuelta a la misma saltando la valla de madera del diminuto jardín, llamó a la puerta trasera.

Nadie le había visto.

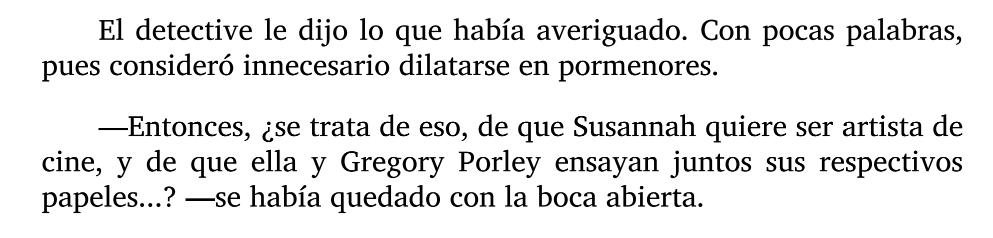
Era lo que Samuel Moore le pidió que hiciera, y por descontado había respetado los deseos de su cliente. Quien paga manda.

—¿Ah, usted? —y Samuel Moore, al abrirle, se mostró sorprendido. Había de reconocer—. No le esperaba tan pronto… Pero pase, pase…

Stuart entró en la casa, que todavía no estaba arreglada del todo. Pero acabaría siendo muy acogedora, esto saltaba a la vista.

—Ya he averiguado lo que usted deseaba saber… —empezó a decir Stuart.

—¿De veras? —muy nervioso, quedó a la espera de la respuesta de la que indudablemente iba a depender su felicidad.



El detective le dijo lo que había averiguado. Con pocas palabras, pues consideró innecesario dilatarse en pormenores.

—Entonces, ¿se trata de eso, de que Susannah quiere ser artista de cine, y de que ella y Gregory Porley ensayan juntos sus respectivos papeles...? —se había quedado con la boca abierta.

—Si —afirmó Stuart.

—Pero si se trata de eso, ¿cómo no me lo ha dicho ella a mí? —siguió con la boca abierta.

—Ahora bien... —y Stuart quiso dejar claro que no todo estaba dicho y que ahora venía la segunda parte.

—¿Hay algo más? —preguntó Samuel Moore.

Stuart no se hizo de rogar y le explicó a aquel joven de unos treinta años, de aspecto apocado y tímido, que aquel asunto no se limitaba a ser lo que parecía.

—¿Ah, no...? —e iba de sorpresa en sorpresa, esto no cabía dudarlo a juzgar por su expresión.

—No —contestó—. Así que estamos no sólo ante la desaparición de Caroline, sino ante la muerte de Margot Porley...

—¿Qué dice...? —respingó—. ¿Que ha muerto Margot Porley...? Si llegó apenas hace...

—Pues ya está muerta. Decapitada.

—¿Qué...? —y Samuel Moore había vuelto a respingar.

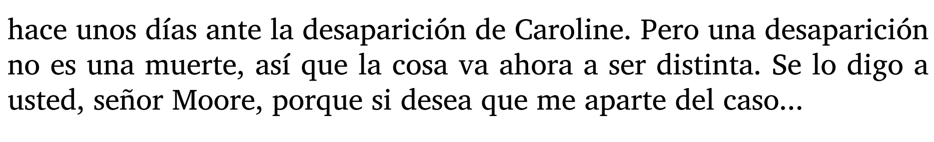
—Decapitada —repitió—. De todo lo cual se desprende que la investigación que usted me ha encomendado, debe hacerse de un modo más completo, más profundo, incluso le diría yo que de forma más exhaustiva. Al menos si pretendemos llegar al fondo de todo.

—Pero, bueno, ¿tienes algo que ver mi novia Susannah con todo eso que me ha contado? —su preocupación era indudable.

—No lo sé.

—Yo estoy convencido de que... —quiso de antemano defender a la mujer que amaba, pero la verdad es que se detuvo, que se quedó a medias.

—La policía va a intervenir —dijo Stuart Baxter—, Ya lo hizo


hace unos días ante la desaparición de Caroline. Pero una desaparición no es una muerte, así que la cosa va ahora a ser distinta. Se lo digo a usted, señor Moore, porque si desea que me aparte del caso...

—No, no —se apresuró a decir Samuel Moore—. No puedo prescindir de usted.

Necesito que demuestre que Susannah no tiene nada que ver con todo ese lío.

—De acuerdo.

—¿Y sabe lo que le digo? Puestas así las cosas, ya no me importa que alguien pueda enterarse de que he contratado los servicios de un detective.

—En tal caso —repuso Stuart—, saldré por la puerta principal. Siempre es mejor que salir por la de atrás.

—Por cierto, ¿quién ha podido acabar con la vida de Margot Porley...? ¿Tiene usted alguna idea...?

—Yo siempre tengo ideas. Pero debe demostrar que encajan en la realidad, en los hechos. Desde luego, es lo que me propongo hacer.

—Meredith... —empezó a decir Samuel Moore, pero también ahora se detuvo, se quedó a medias.

—Siga —esta sola palabra en la boca del detective.

—Es una mujer muy rara, llena de manías, excéntrica como la que más. Por lo que sé de ella, puedo asegurárselo.

—¿Y bien?

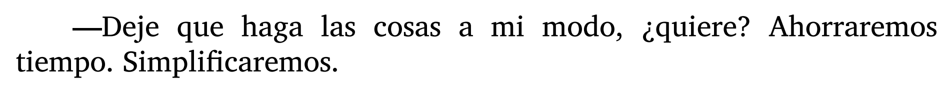
—No sé, pero a mí nunca me ha parecido una mujer muy cuerda. Aunque reconozco que no tengo nada malo que decir de ella.

—Mejor así —aseguró Stuart Baxter. Quien a continuación consultó su reloj de pulsera y dijo—: Voy a ir a hablar con su novia. Ahora mismo.

—¿Con Susannah...? ¿Para qué...?

—No debiera interrumpir sus clases, me hago cargo, pero por una vez... Dígame, por favor, ¿dónde está la escuela?

—¿Para qué quiere hablar con ella? —insistió Samuel Moore—. Yo preferiría...


—Deje que haga las cosas a mi modo, ¿quiere? Ahorraremos tiempo. Simplificaremos.

—Sí, sí...

Le dio la dirección de la escuela.

—No tardará en tener noticias mías —repuso Stuart, ya cerca de la puerta de salida.

—A propósito —Samuel Moore carraspeó un poco—, si Susannah le preguntara qué he dicho yo al enterarme de sus deseos de ser artista de cine, dígale... dígale...

—¿No sería mejor que se lo dijera usted?

—Ella debe saber cuanto antes que la sigo queriendo lo mismo, ¿comprende?

—Comprendo —dijo Stuart— que está usted muy enamorado de ella.

—Sí —asintió—, ya se lo dije. Y no. no quisiera perderla por nada del mundo.

* * *

A Susannah le costó poco interrumpir la clase y decir a los chicos que salieran al recreo.

—Portaros bien —les recomendó. Luego se volvió hacia Stuart Baxter, preguntando—:

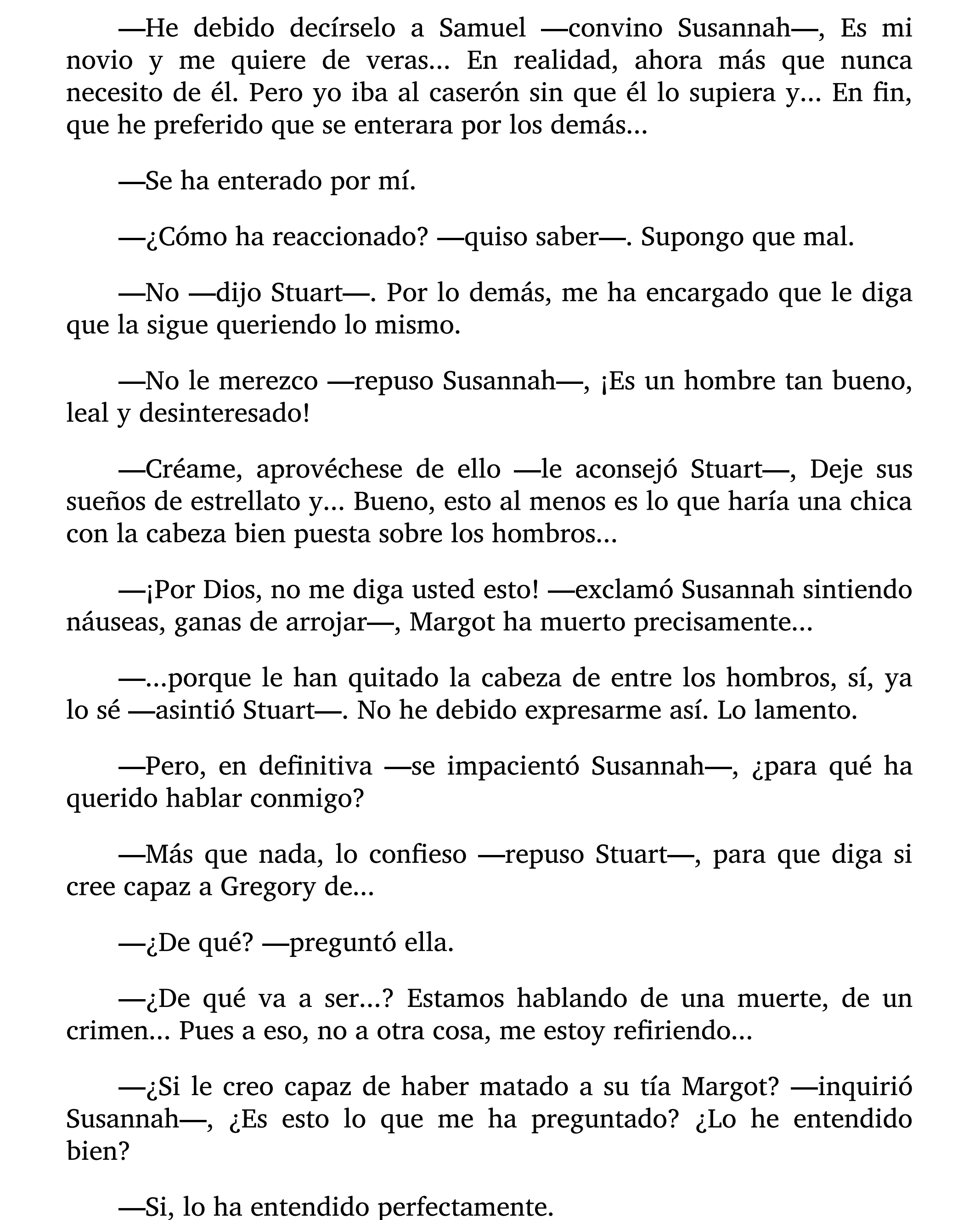
¿Para qué quiere hablar conmigo?

—Acabo de estar con su novio, el señor Moore —le informó Stuart —, Se ha sorprendido al saber que Margot Porley ha muerto asesinada. Yo creía que usted se lo habría dicho.

Puesto que usted y Gregory fueron quienes dieron con el cadáver, suponía que...

—Fue horrible dar con su cuerpo colgado de los pies, sin cabeza... —Susannah estaba blanca como un cadáver—. Ese instante no lo olvidaré por mucho que viva.

—No debió resultar divertido, me hago cargo —contestó Stuart.



—He debido decírselo a Samuel —convino Susannah—, Es mi novio y me quiere de veras... En realidad, ahora más que nunca necesito de él. Pero yo iba al caserón sin que él lo supiera y... En fin, que he preferido que se enterara por los demás...

—Se ha enterado por mí.

—¿Cómo ha reaccionado? —quiso saber—. Supongo que mal.

—No —dijo Stuart—. Por lo demás, me ha encargado que le diga que la sigue queriendo lo mismo.

—No le merezco —repuso Susannah—, ¡Es un hombre tan bueno, leal y desinteresado!

—Créame, aprovéchese de ello —le aconsejó Stuart—, Deje sus sueños de estrellato y... Bueno, esto al menos es lo que haría una chica con la cabeza bien puesta sobre los hombros...

—¡Por Dios, no me diga usted esto! —exclamó Susannah sintiendo náuseas, ganas de arrojar—, Margot ha muerto precisamente...

—...porque le han quitado la cabeza de entre los hombros, sí, ya lo sé —asintió Stuart—. No he debido expresarme así. Lo lamento.

—Pero, en definitiva —se impacientó Susannah—, ¿para qué ha querido hablar conmigo?

—Más que nada, lo confieso —repuso Stuart—, para que diga si cree capaz a Gregory de...

—¿De qué? —preguntó ella.

—¿De qué va a ser...? Estamos hablando de una muerte, de un crimen... Pues a eso, no a otra cosa, me estoy refiriendo...

—¿Si le creo capaz de haber matado a su tía Margot? —inquirió Susannah—, ¿Es esto lo que me ha preguntado? ¿Lo he entendido bien?

—Si, lo ha entendido perfectamente.

—Pero ¿por qué iba Gregory a hacer una cosa así...? Además, si Gregory es un muchacho tan bueno... ¡Oh, resulta absurdo que me haya preguntado eso!

—Es posible —admitió Stuart—, Pero si 61 no lo ha hecho, ¿quién ha sido...? Alguien ha tenido que ser...

—Una pregunta, ¿por qué se mete en esto? Donde no se gana se pierde.

—Soy detective —y la miró con atención para que su reacción no le pasara desapercibida.

—¿Ah, detective...? Sí, claro, por eso llevaba pistola —y tras haber pestañeado—: Me gustaría saber una cosa. ¿Investiga por cuenta propia o ajena?

—Las dos cosas a un mismo tiempo.

—No entiendo.

—El señor Moore, su novio, tiene contratados mis servicios. Ahora bien, aunque él no me pagara por meter mis narices en este caso, la verdad es que las metería por iniciativa propia.

—¿Tan interesado está usted en todo eso...? —preguntó Susannah.

Stuart Baxter pensó que, más que interesado por el caso en sí mismo, lo estaba por Nancy. Por la muchacha que fingía estar paralítica.

CAPITULO IX

No sabían exactamente qué pensar y se sentían aturdidos, desconcertados y a la vez aterrados. ¿Qué explicación podía tener la muerte de Margot?

Desde luego, el inspector de policía había estado en la casa, interrogándoles. Pero no había conseguido averiguar nada. Así que todo seguía lo mismo.

Gregory era el que menos terminaba de hacerse a la idea de que su tía hubiera muerto asesinada. Por lo visto, todo aquello estaba resultando demasiado espantoso para un jovencito como él.

—Aún no termino de creérmelo... —murmuró.

En aquel momento todos estaban reunidos en el salón. Y fue Meredith quien, tras mirarles uno a uno, dijo:

—Lo lógico hubiera sido que la víctima fuera yo.

—¿Cómo dices...? —Patrick se había quedado mirando a su hermanastra como si no le hubiera entendido.

—La rica soy yo, ¿no? —inquirió Meredith—. Mi muerte hubiera beneficiado a alguien.

—No me parece bien que te expreses así. Lo encuentro de mal gusto —Patrick se había enfadado.

Gregory decidió intervenir. No fuera a ser que su padre se disgustara con tía Meredith y todo terminara complicándose. El seguía necesitando de su tía Meredith.

—Estamos todos nerviosos —repuso—. Es natural que no midamos bien el alcance de nuestras palabras.

—Yo las he medido perfectamente —observó Meredith—,

Y pienso, por si os interesa saberlo, que el asesino se equivocó de víctima... Quiso acabar conmigo, pero se encontró con que era Margot... Ya no tuvo tiempo de rectificar y la mató para que no le delatara. —Y ante el gesto incrédulo de los presentes—: Es una hipótesis como otra cualquiera, ¿no?

—Si —asintió Nancy, quien apenas podía estarse quieta en su sillón de ruedas—. Pero ¿por qué el asesino de tía Margot tiene que ser uno de los que estamos aquí? Ha podido tratarse de un vagabundo que...

—Es otra hipótesis —dijo Patrick—, Tan respetable como la primera.

—Que yo no comparto —Meredith seguía en sus trece—. Como sea, de ahora en adelante será mejor que no vuelvas por el caserón — se había vuelto hacia su sobrino.

—Lo que tú mandes, tía —contestó Gregory.

—Si opinas de este modo —repuso Donald seguidamente—, ¿por qué no has hablado en ese sentido al inspector de policía? Era el momento de hacerlo.

—Hablaré con el inspector cuando lo considere oportuno — replicó Meredith—. Supongo que no vas a ser tú quien me diga cómo debo proceder.

—A mi tampoco me ha gustado lo que has dicho antes —recalcó Donald—, Patrick se ha enfadado, pero yo no me he quedado atrás. En realidad, que dependamos económicamente de ti no te da derecho a...

—Por favor —intervino de nuevo Gregory—, no nos enfademos por una tontería.

—¿Llamas una tontería —le increpó Meredith— a que a tu tía Margot le hayan cortado la cabeza?

—No he querido decir eso, ya se comprende. He querido simplemente decir que...

Se oyó el timbre de la puerta y todos quedaron en silencio. A la espera de ver quién era la persona que había llamado.

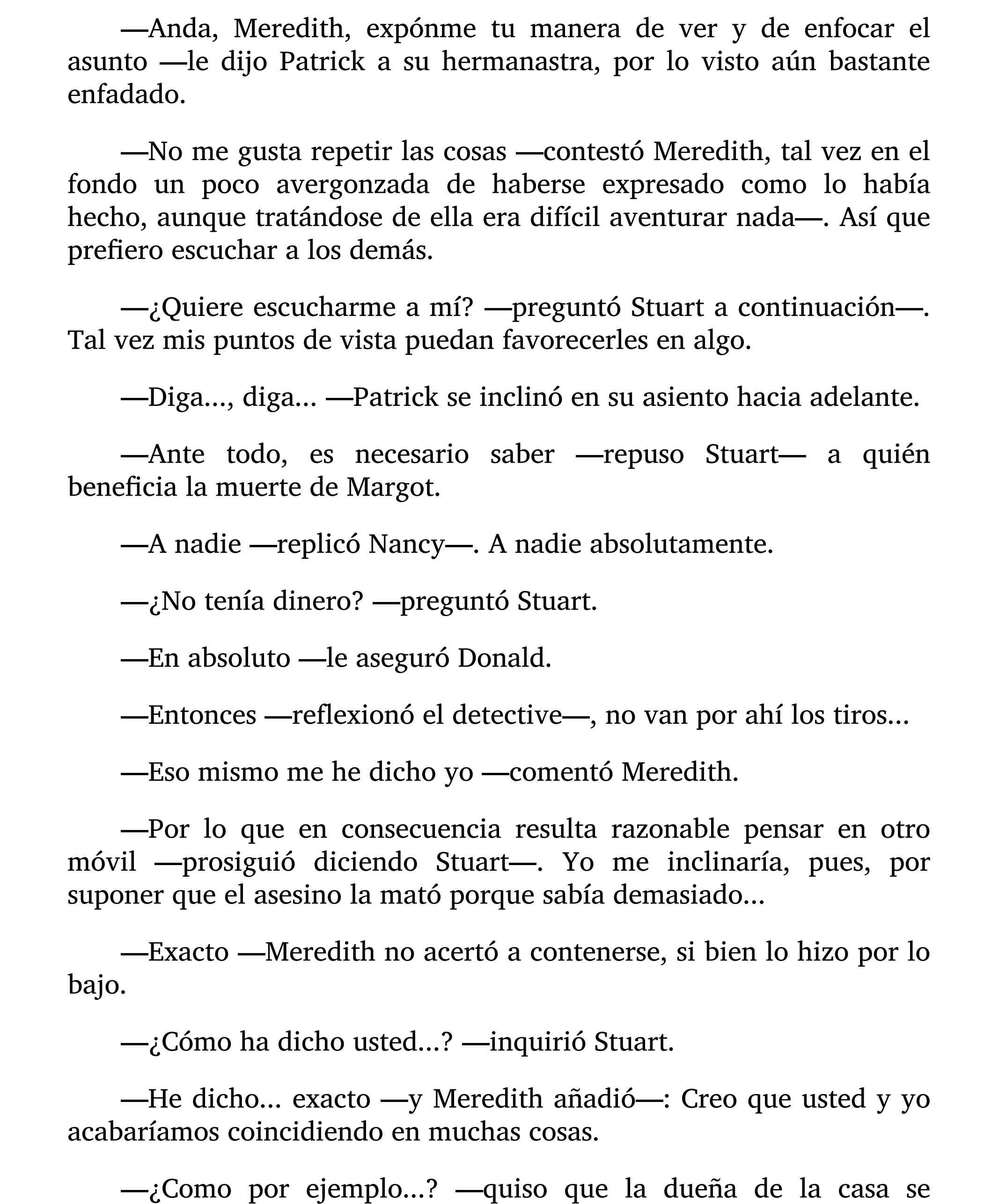
Pronto lo supieron.

Se trataba de Stuart Baxter.

—No quisiera molestarles —aseguró el recién llegado, acercándoseles con cara de circunstancias—, pero me he enterado de la desgracia... Después de lo bien que se portaron conmigo, me he creído en el deber... Si puedo hacer algo por ustedes...

Poco rato después, Stuart Baxter había conseguido lo que se proponía. Que le ofrecieran asiento y que le estuvieran explicando, cada uno a su modo, cómo veían el caso.

Los ojos de Nancy se habían iluminado. El detective se dio cuenta de ello.



—Anda, Meredith, expónme tu manera de ver y de enfocar el asunto —le dijo Patrick a su hermanastra, por lo visto aún bastante enfadado.

—No me gusta repetir las cosas —contestó Meredith, tal vez en el fondo un poco avergonzada de haberse expresado como lo había hecho, aunque tratándose de ella era difícil aventurar nada—. Así que prefiero escuchar a los demás.

—¿Quiere escucharme a mí? —preguntó Stuart a continuación—. Tal vez mis puntos de vista puedan favorecerles en algo.

—Diga..., diga... —Patrick se inclinó en su asiento hacia adelante.

—Ante todo, es necesario saber —repuso Stuart— a quién beneficia la muerte de Margot.

—A nadie —replicó Nancy—. A nadie absolutamente.

—¿No tenía dinero? —preguntó Stuart.

—En absoluto —le aseguró Donald.

—Entonces —reflexionó el detective—, no van por ahí los tiros...

—Eso mismo me he dicho yo —comentó Meredith.

—Por lo que en consecuencia resulta razonable pensar en otro móvil —prosiguió diciendo Stuart—. Yo me inclinaría, pues, por suponer que el asesino la mató porque sabía demasiado...

—Exacto —Meredith no acertó a contenerse, si bien lo hizo por lo bajo.

—¿Cómo ha dicho usted...? —inquirió Stuart.

—He dicho... exacto —y Meredith añadió—: Creo que usted y yo acabaríamos coincidiendo en muchas cosas.

—¿Como por ejemplo...? —quiso que la dueña de la casa se decantara por una u otra suposición, por una u otra conjetura, lo que hasta entonces no había hecho de un modo abierto.

—Como por ejemplo, en que hay un noventa y nueve por ciento de posibilidades de que la víctima sea yo...

—¡Tía, no vuelvas a lo mismo, por favor! —exclamó Gregory.

—¿Acaso no puedo decir lo que pienso? —Meredith miró a su

sobrino con pocas contemplaciones—, ¡Pues estaría bonito!

—¿Por qué había de ser usted la próxima víctima? —preguntó Stuart.

—Por la sencilla y clara razón, señor mío, de que aquí la única rica soy yo. Los demás son unos muertos de hambre.

—Sin embargo —apuntó Stuart—, ha muerto asesinada Margot y ella no tenía dinero.

—Esto no encaja —reconoció Meredith—. Lo que no impide que yo siga pensando que estoy en peligro. Por cierto —se volvió otra vez hacia su sobrino—, supongo que tú y Susannah os sabréis ya de memoria vuestros respectivos papeles...

—Si, tía —dijo Gregory—. Estamos ya en disposición de acudir a los estudios cinematográficos... Sólo nos falta por ensayar un poco más la última secuencia del filme —agregó—, que es cuando el protagonista se cubre el rostro con la capucha negra y se arma con el sable...

—No hables del sable —rogó Donald—. A Margot le cortaron la cabeza con eso...

—No necesariamente con el que yo ensayo —puntualizó Gregory —, En el caserón hay varias de esas armas blancas.

—Si tú y Susannah queréis ensayar esa última secuencia del filme, nadie os impedirá hacerlo —repuso Meredith—, Pero te lo he dicho antes y ahora te lo repito, insisto en ello, será mejor que no vuelvas por el caserón.

—Sí, tía —acató Gregory.

Y se quedó pensando que ninguna orden obedecería con más agrado que aquella.

—Si un noventa y nueve por ciento de posibilidades la amenazan a usted, según usted misma ha dicho —subrayó Stuart, dirigiéndose a Meredith—; ¿por qué parece tener miedo de que a su sobrino le pase algo? Perdone que se lo pregunte, pero para llegar a conclusiones coherentes...

No llegó la respuesta de Meredith Porley. En su lugar se oyó un grito ronco, arañado, espantoso. Un grito que dio la sensación de conmover y retemblar en toda la casa.

* * *

Era la vieja sirvienta la que había gritado.

Desde el desván, adonde había ido guiada por un mal olor que no sabía de dónde salía.

Así que subió la estrecha escalera de caracol, entró en el desván y ya allí olfateó.

El olor, desde luego, se había hecho más fuerte, más penetrante. Prueba evidente de que era de allí de donde salía.

Anduvo por el desván, de un lado al otro, llegando pronto al convencimiento de que el olor salía de dentro de un baúl grande, de buena madera tallada, que se hallaba allí medio olvidado. Como medio olvidados estaban todos aquellos viejos muebles y objetos antiguos.

Con suma curiosidad, Anne cogió la tapa del baúl. Luego la alzó.

De inmediato surgió un olor tan pestilente, tan nauseabundo, tan repelente, que se vio obligada a dar un paso atrás.

¿Qué podía haber allí dentro para que el baúl emanara tal hedor, tan fetidez?

Para averiguarlo, tuvo que taparse la nariz con la mano. Aquello no había quien lo resistiera.

Ya junto al baúl, miró en su interior. Pero de momento no vio nada. Sólo los vaporosos tules de un traje de novia.

No obstante, luego se fijó mejor y vio que esos tules no resultaban tan blancos e inmaculados como era de suponer. Tenían manchas. Como de sangre que se ha oscurecido con el paso de los días.

La vieja Anne hizo un esfuerzo y alargó la mano, cogiendo con la punta de los dedos uno de aquellos velos y retirándolos de su sitio.

¡Apareció el cadáver de Caroline, en franca descomposición! ¡Putrefacto de la cabeza a los pies!

Fue en aquel instante cuando Anne, sin poder contenerse, lanzó aquel grito.

Un grito, lo dicho, ronco, arañado, espantoso. Un grito que dio la sensación de conmover y retemblar en toda la casa.

CAPITULO X

Atrás había quedado el entierro de Margot.

También el de Caroline.

Y la normalidad parecía haber vuelto a la elegante y magnífica casa de Meredith Porley.

Pero ¿puede honradamente hablarse de normalidad después de los acontecimientos acaecidos?

Francamente no, imposible.

Sin embargo, la vida seguía adelante y todo contribuía a dar esa errónea sensación. A la que se aferraban los que allí vivían, queriendo hacerse la ilusión de que todo aquel horror no se repetiría.

Pero Stuart Baxter volvió a la casa. Tal vez queriendo recordarles que el asesino andaba suelto y que el peligro seguía latente.

Lo que ellos, los moradores de aquella casa, ya sabían. Desgraciadamente.

Stuart fue bien recibido. Principalmente por Nancy. Aunque la verdad es que Donald, el elegante y distinguido hermanastro de Meredith, frunció el entrecejo al verle aparecer.

—Si me necesitan para algo —dijo Stuart—, ya lo saben. Me tienen a su entera disposición.

—Gracias —le sonrió Nancy levemente—. Es usted muy amable.

—No sabía que siguiera en Marnesstton —intercaló Patrick—. Le imaginaba ya lejos de aquí.

—Seguiré aquí todavía unos cuantos días —repuso Stuart.

—Me alegro de oírselo decir —dijo Meredith—, No por mí, vaya la sinceridad por delante, sino por Nancy. Cuando le ve a usted se le ilumina la expresión.

—¡Tía! —protestó la muchacha—. ¡Tienes cada cosa! Vas a hacer que me avergüence.

—¿Por qué no se queda a cenar con nosotros? —preguntó Meredith, sin más.

—Si es usted tan amable y me invita...

—Es un placer hacerlo.

Se había comportado de un modo demasiado amable y normal para ser ella. Así que Patrick y Donald sacaron la conclusión de que tenía miedo y de que dejaría de tenerlo, al menos en parte, si el visitante se quedaba.

No mucho antes de la cena, Stuart Baxter se quedó a solas con Nancy. Lo que desde hacía rato estaba deseando que sucediera.

—He pensado mucho en lo que me dijo —Nancy fue la primera en hablar—. Sí, he sentido en repetidas ocasiones la tentación de levantarme de este sillón y de echar a correr.

—¿Y por qué no lo ha hecho? A mi me hubiera parecido una excelente idea.

—La salud de mi hermano depende de que siga aquí, usted ya lo sabe. Pensando en él he encontrado valor para seguir con esta peligrosa comedia... Oh, sí, esto se ha convertido en algo muy peligroso... Para demostrármelo, está todo lo sucedido...

—El riesgo que entraña permanecer en esta casa resulta claro, evidente —razonó Stuart—, Por eso he venido yo. No deseo que esté sola.

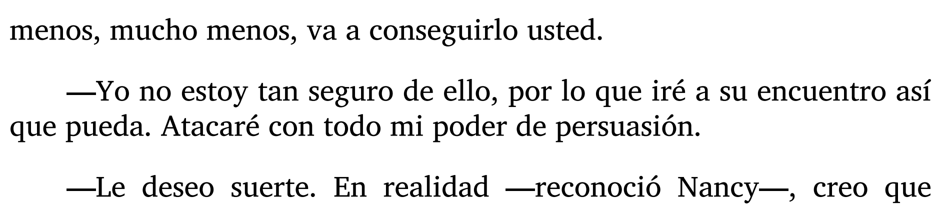
—Es usted muy bueno conmigo.

—Deje la gratitud para otro momento y dígame, antes de que nos interrumpan, si ha averiguado por qué su tía Meredith llegó a odiar tanto a su madre... He estado dándole vueltas a lo que me contó, y he llegado a la conclusión de que en este pormenor puede estar quizá el porqué de todas esas muertes.

—No, no he conseguido averiguar nada, y conste que lo he intentado —se sinceró la muchacha—, Pero la vieja Anne, que es la única que podría tal vez decirme algo, se ha obstinado en asegurarme que ella nunca supo nada.

—Quizá fuera conveniente que yo intentara sonsacarle algo, ¿no le parece?

—Me parece —dijo Nancy— que si yo no he logrado que hablara,


menos, mucho menos, va a conseguirlo usted.

—Yo no estoy tan seguro de ello, por lo que iré a su encuentro así que pueda. Atacaré con todo mi poder de persuasión.

—Le deseo suerte. En realidad —reconoció Nancy—, creo que Anne sabe algo… Pero debe ser algo muy serio, porque se obstina en callárselo, en guardárselo para sí…

—La situación se ha complicado demasiado, y Anne debe comprender, si es que en efecto sabe algo, que ha llegado el momento de que nada quede en el tintero.

—Sí, claro. De todas formas, ¿cree usted de verdad que tiene algo que ver el enfado que distanció hace ya tantos años a mi madre de tía Meredith, con todo lo que ahora…?

—Sí, lo creo —afirmó Stuart—. Pero no estoy seguro. Para estarlo antes he de hablar con Anne.

—Ahora debe estar en la cocina, dándole los últimos toques a la cena. Quizá seria un buen momento para que usted fuera a verla.

—¿La encontraré muy trastornada después de su hallazgo en el baúl? Sí, claro, supongo que sí. De todos modos, es mejor que hable con ella cuanto antes. Puede depender mucho de nuestra conversación.

Poco después había de dirigirse a la cocina. Donde encontró a Anne, en efecto, dando los últimos toques a la cena.

—Venía a hablarle…

—Le estaba esperando —le respondió la vieja Anne mientras se secaba las manos en el delantal.

—¿Ah, si?

—Sí —afirmó—. Acabo de hablar por teléfono con Susannah y me ha dicho que es usted detective.

—Lo soy.

—Así que, al verle llegar de nuevo a esta casa, me he dicho que no tardaría en querer saber cosas… Y como las viejas criadas siempre parece que lo sabemos todo…

—¿Y no es así? —preguntó Stuart.

—No siempre.

—Pero sí muy a menudo... A propósito, usted no ignora el motivo por el cual Meredith Porley llegó a odiar a su hermana Janet, la madre de Nancy, ¿verdad?

—Sí, lo ignoro —dijo Anne.

—Me parece que no me dice toda la verdad —repuso Stuart—. Lo que considero un gran error por su parte, permítame que se lo diga. Aquello puede tener que ver con todo esto... Al decir todo esto me estoy refiriendo a la muerte de Caroline y de Margot...

—Pero..., pero... —balbuceó Anne, desconcertada. Había de añadir—: Esperaba sus preguntas, que quisiera saber cosas, pero no que llevara su curiosidad hasta el pasado.

Menos aún, que considerara posible que entre ese pasado y lo sucedido en el presente pudiera existir...

—Si sabe algo, debe decírmelo —insistió Stuart—. Por el bien de todos, empezando por el suyo propio.

—Nunca he sabido por qué mi señora llegó a odiar a su hermana, a la que siempre, hasta entonces, había querido entrañablemente —aseguró Anne—. Si lo supiera, se lo diría. Sin embargo...

—¿Qué? —inquirió Stuart, comprendiendo que la vieja sirvienta deseaba colaborar.

—Mi señora se desquició cuando su prometido la dejó plantada el mismo día antes de la boda. Quizá, pues, se enfadó con su hermana en un simple arrebato de nervios.

—¡Ah!, ¿pero su prometido la dejó plantada...? No lo sabía.

—Fue un suceso lamentable. El día antes de la ceremonia su prometido vino a visitarla y le dijo que lo sentía, pero que había decidido romper el compromiso porque había perdido la cabeza por otra mujer. En definitiva, a mi señora no le tocó otro remedio que coger su preciso traje de novia y dejarlo metido dentro de un baúl. Precisamente dentro de ese baúl —tembló la voz de la vieja Anne— donde descubrí el cadáver de...

—Debió ser espantoso descubrir ese cadáver —repuso Stuart, con gesto comprensivo, de quien se hace cargo—, Pero a lo que íbamos... Si Meredith, su señora, se enfadó con su hermana en un simple

arrebato de nervios, ¿por qué no llegaron nunca a reconciliarse?

—Sí, claro, debió ser por un motivo más serio, más importante —aceptó Anne—. De lo contrario, cuando su hermana le vino a ver pobre y enferma...

—¿Vino a verla? —preguntó Stuart—, Explíquemelo un poco mejor, ¿quiere? —Janet llegó pálida, ojerosa, muy enferma, y le dijo a su hermana, mi señora, que sólo lograría sanar si guardaba reposo y se cuidaba mucho... Le pidió ayuda. No quería morir.

Tenía una hija y un hijo por los que luchar en esta vida. Pero mi señora no se ablandó y de nuevo la despachó de esta casa...

—Demostró su señora una gran dureza de corazón —dijo Stuart.

—Si, no voy a negarlo.

—Por cierto, Nancy se ha sincerado conmigo y me ha contado que una noche que usted veló a su señora, ésta habló en voz alta y...

—Sí —dijo Anne—, y entonces comprendí que el aborrecimiento hacia su hermana no alcanzaba a Nancy. O quizá nunca aborreció a su hermana, aunque todo hizo presumirlo así... ¡Vaya usted a saber, es a veces tan complicada y sinuosa el alma humana! Como fuera, al oír lo que mi señora decía en sueños, yo pensé que si Nancy venía aquí...

—...haciéndose pasar por una muchacha paralítica —concluyó diciendo Stuart—, todo podría salir a las mil maravillas.

—Si, sí —admitió Anne—, pensé eso. Hablando claro, que todo el dinero de la señora acabe llevándoselo su sobrino Gregory, o sus hermanastros, francamente, me parece una enorme injusticia...

—No tiene simpatía a Gregory.

—Ninguna.

—¿Por qué?

—Quizá porque tampoco se la tengo a su padre.

—¿Y qué me dice de Donald? ¿Le cae mejor...?

—No. En fin, que se me ocurrió esa idea para que todo el dinero acabase en manos de Nancy y de su pobre hermano enfermo.

—La intención es buena —admitió Stuart—, pero la idea de hacer pasar a Nancy por paralítica... Francamente, podía habérsele ocurrido

algo mejor, ¿no cree?

—Si Nancy se hubiera presentado en esta casa de otro modo, en otras circunstancias, quizá mi señora no hubiera dado el brazo a torcer. Es una mujer muy especial.

* * *

Dejó de hablar con la vieja Anne. Si prolongaba aquella conversación alguien acabaría dándose cuenta de su ausencia.

Así que dejó la cocina y se reunió con Nancy lo más rápidamente posible.

Nadie se había percatado de su escapatoria hacia la cocina. Estupendo.

—¿Ha averiguado algo? —quiso saber Nancy.

—No demasiado —contestó Stuart.

—¿Pero algo...?

—En otro momento le contestaré —y se expresó así porque Patrick se acercaba.

Durante la cena fueron seis, no cinco como Stuart Baxter había supuesto. Acababa de llegar Susannah para hacer unas preguntas a Gregory y éste le había invitado a quedarse.

—Cuando cenemos hablaremos con más calma —le dijo.

—De acuerdo.

Hablaron de la película, de los ensayos, de los estudios cinematográficos donde iba a llevarse a cabo la filmación. De todo aquello un poco, aunque sólo un poco porque en el momento más inesperado el elegante y distinguido Donald exclamó:

—¡Después de todo lo sucedido no sé cómo aún tenéis ganas de seguir hablando de lo mismo...!

—De lo mismo, no —puntualizó Gregory—, En la película todo va a ser fantasía, ficción.

En cambio, en el caserón todo resultó una estremecedora realidad.

—Y en el desván, ¿qué? —inquirió de nuevo Donald, que aquella

noche era el que estaba más nervioso.

—Lo mismo, una estremecedora realidad. Pero ¿qué quieres, tío, que todos mis sueños se trunquen para siempre porque alguien asesinó a tía Margot? —se defendió Gregory—.

Hazte cargo, la vida sigue... Y mi vida sigue llena de ilusiones.

—Confiemos en que el asesino no acabe con esas ilusiones tuyas cortándote de cuajo la cabeza...

—¡Donald! —censuró Patrick, a quien en aquellos días parecían habérsele encanecido más las sienes—. Mi hijo no es de piedra. Debes comprenderlo y abstenerte de decir según qué cosas.

—Es mejor que nos tranquilicemos —repuso Meredith—. No hay por qué creer que nos esté acechando ningún peligro, por lo menos en estos momentos. Tenemos con nosotros un invitado cuya sola presencia inspira confianza, ¿no?

—Gracias, señora —contestó Stuart.

—Otro tanto me sucede a mí —sonrió Nancy—, Me siento mucho más segura cuando usted está con nosotros.

—Otra vez gracias.

El resto de la cena transcurrió ya de un modo normal, al menos sin incidentes dialécticos. Aunque resultaba claro que todos en su fuero interno se sentían sumamente nerviosos y tensos.

La vieja Anne les sirvió.

En conclusión, no sucedió nada de extraordinario y aquella cena fue como pudiera haber sido cualquier otra.

A eso de las once, Stuart Baxter se despidió de ellos agradeciéndoles las amabilidades que siempre le dispensaban.

—Vuelva si lo desea —le ofreció Nancy, mirándole de un modo enternecedor.

—Será un placer volver a verle —añadió Meredith.

Stuart Baxter se dirigió hacia Marnesstton en su coche, todos pudieron verle desde la casa.

Pero lo cierto es que apenas se alejó lo suficiente hizo girar el volante y se fue por la primera bifurcación. Luego dio la vuelta y

volvió al lugar de partida, es decir, un poco más allá. Donde se alzaba el caserón, que aquella noche daba la sensación de estar más abandonado que nunca.

Luego de dejar su coche tras unos arbustos de la carretera para que no quedara visible, Stuart se dirigió hacia el caserón convencido de que alguien acudiría allí aquella noche.

Tuvo que esperar bastante. Quien fuera que se había decidido a llegar hasta allí, lo hizo con toda clase de precauciones, sin prisas, no queriendo verse sorprendido.

Pero ya estaba junto a la puerta de entrada, metiendo la llave en la cerradura.

No, Stuart no veía quién era. Su silueta se perdía entre las sombras de la noche.

Por lo demás, Stuart no quería acercarse... todavía. Deseaba averiguar a qué iba allí aquella persona.

Esperó un tiempo prudencial y luego, cuando el desconocido hubo entrado en el caserón, avanzó lentamente.

Una vez junto a la puerta, vio que ésta había quedado entreabierta. De lo que se congratuló. Cuantas menos dificultades se le pusieran por delante con mayor facilidad las podría superar.

Cuando se decidió a empujar la puerta, lo hizo levemente, sólo hasta que quedó el espacio suficiente para pasar. Entonces la inmovilizó y se metió dentro.

El amplio y destartalado vestíbulo estaba en la oscuridad, entre sombras. Aunque las ventanas seguían abiertas y cierta claridad se colaba por ellas.

La claridad le permitió ver cómo el desconocido, cualquiera que éste fuera, había subido ya la un tanto empinada escalera.

Stuart se detuvo junto a la puerta de entrada. No quería que pudieran oírse sus pasos.

Pero a pesar de su sigilo se inmovilizó la silueta que ya estaba en lo alto de la escalera.

Stuart tuvo la impresión de que había recelado algo.

No obstante, la silueta siguió adelante. Debía haberse convencido

de que sus temores eran infundados.

Cuando se perdió a lo largo del corredor, Stuart se decidió a seguirle los pasos, a subir a su vez la escalera.

Enroscada al barandado seguía la enorme serpiente. A la que apenas concedió una mirada. Sabía que no iba a moverse.

Ya arriba, Stuart se dio cuenta de que el desconocido se había metido en una de las habitaciones situadas a la derecha de dicho corredor.

Se quedó pegado a una de las paredes, esperando. De momento era preferible que no se precipitara.

Transcurrieron un par de minutos, tal vez tres.

El desconocido salió de la habitación. Y lo hizo con una linterna encendida, con cuya luz, de súbito, iluminó el corredor.

Stuart quedó al descubierto.

No así el desconocido, pues él permanecía en la penumbra, en la oscuridad.

Pero Stuart ya no se anduvo con chiquitas y avanzó decididamente hacia quien, estaba convencido, iba a recibirle muy mal.

Efectivamente, le recibió dándole un puñetazo. O mejor dicho, intentando dárselo.

Stuart había esquivado el golpe.

Después, Stuart se lanzó sobre el desconocido, que según pudo ver al tenerle cerca se había cubierto el rostro con una capucha negra.

Debía tratarse de la capucha que el protagonista del filme se ponía en la última secuencia. A tal secuencia había ya hecho referencia el propio Gregory.

Estaba claro, para no verse desenmascarado, el desconocido acababa de colocársela. Un modo como otro de desconcertar a Stuart. Por lo menos de intentarlo.

Pero ¿quién era ese desconocido…?

Stuart Baxter Se lo preguntó.

Cualquiera de ellos. Patrick, Donald, o el propio Gregory. ¿O quizá, tal vez, una mujer...?

No, aquel puñetazo con el que le había recibido tenía factura varonil. No cabía ponerlo en duda.

Como fuera, Stuart se había lanzado ya sobre el desconocido, consiguiendo propinarle un demoledor derechazo en medio del estómago.

El desconocido lanzó un ahogado quejido y se dobló en dos. Pero había de rehacerse pronto.

Aún así, había comprendido que con Stuart Baxter no tenía nada que hacer. Llevaba las de perder.

Por lo que retrocedió hacia la habitación de la que poco antes había salido, apareciendo, instantes después, blandiendo un sable de reluciente y cortante filo.

La claridad era escasa, pero Stuart vio sobradamente el peligro que se le venía encima.

Retrocedió unos pasos.

Los suficientes para poder, desde aquella distancia, decir:

—Si no se porta como un buen chico y suelta el sable, yo me veré obligado a sacar la pistola...

El desconocido avanzó, sin soltar el sable. Tal vez creyendo que eso de sacar un arma no era más que una bravuconada.

Pero se encontró conque no era una bravuconada.

Stuart había sacado la automática en un abrir y cerrar de ojos. Sin más demora, que el horno no estaba para bollos.

—Suelte el sable...

Optó por hacerlo, considerando que, puestas así las cosas, pocas posibilidades tenía a su favor.

Ya el sable en el suelo, Stuart se guardó de nuevo la pistola.

—Ahora, si quiere, podemos seguir sacudiéndonos... Por lo que a mí respecta, vale más que lo sepa, me he propuesto averiguar qué rostro hay bajo esa capucha negra...

El desconocido decidió atacar de nuevo. Quizá tuviera suerte y pudiera dejar fuera de combate a su adversario.

Pero su adversario tenía un puño de hierro y sus golpes eran aplastantes, durísimos, realmente contundentes.

—¿Qué, le basta o quiere más…? —le preguntó Stuart cuando le vio estrellarse contra una de las paredes del corredor y deslizarse hasta el suelo hecho papilla.

—Si, basta ya…, basta ya… —respondió.

Había reconocido la voz de Patrick Porley.

—Sáquese la capucha —le ordenó.

—Sí, si…

Ya con la cara al descubierto, el hermanastro de Meredith había de decir:

—He venido a ver si daba con algún indicio… Sólo a eso, se lo aseguro…

—Pero quería matarme. Por ganas de hacerlo no se ha quedado.

—No, no… Sólo deseaba asustarle… Sólo deseaba escapar sin que averiguará quién era yo…

—¿Qué le pasa —preguntó Stuart, cogiéndole por las solapas y sacudiéndole—, teme que su hijo Gregory sea el asesino y desea encubrirle? Sólo así tendría sentido que se haya animado a entrar de noche en un lugar tan poco acogedor…

—Sí, temía que algo pudiera comprometer a mi hijo —reconoció Patrick—. Por eso me he decidido a venir… Sin embargo, estoy convencido de que mi hijo es inocente…

—No sé por qué, pero estoy tentando a creerle —dijo Stuart y soltó sus solapas, optó por dejar de zarandearle.

—Gracias.

—No me las dé todavía. Por lo demás, debe comprender que el círculo se está estrechando y que los sospechosos son cada vez menos. Así que yo le aconsejaría que fuera con sumo cuidado… Siempre y cuando, claro está, el asesino no sea usted…

—¿Yo? —se atragantó Patrick—. ¿Yo el asesino…? Supongo que

bromea.

—No soy propenso a bromear —aclaró Stuart—. Bueno, será mejor que salgamos de aquí. Estando aquí poco bueno puede acontecemos, ¿no le parece?

—Sí, sí —asintió Patrick—, es mejor que salgamos.

Un minuto después se despedían.

Stuart Baxter fue hasta su coche, se sentó tras el volante, le dio la vuelta a la llave de contacto y arrancó.

Patrick se había quedado a medio camino. Como si le costara un trabajo ímprobo cada nuevo paso que daba.

Ya perdiéndose a lo lejos el coche de Stuart, siguió adelante: Tenía ganas de estar de nuevo en su dormitorio.

Pero al llegar a la casa, vio que la puerta de entrada no se hallaba como él la había dejado.

Se asustó.

Sin embargo, no tuvo tiempo de nada. En realidad casi no tuvo tiempo ni de asustarse.

La puerta se abrió bruscamente, apareciendo en el aire el filo reluciente y cortante de un sable…

¡Zas!

El sable cumplió con su tarea de un modo súbito y arrebatado.

La cabeza de Patrick Porley saltó por los aires.

CAPITULO XI

El inspector de policía seguía sin saber qué pensar de aquellas horribles muertes.

Mientras tanto, se había llevado a cabo el entierro de Patrick.

Luego del sepelio, Stuart Baxter se fue directamente a la casa de Meredith Porley, donde Nancy seguiría en su sillón de ruedas cada vez más asustada. Ya tan terriblemente asustada que apenas podría controlar su excitación.

Stuart tuvo palabras de consuelo para Meredith, que se había quedado en la casa, que no había ido al cementerio. Y palabras de consuelo, asimismo, para Nancy.

—Ahora sólo quedo yo... —le oyó murmurar al elegante y distinguido Donald con tono funerario.

—Y yo... —agregó Gregory.

—Mucho me temo que yo también esté metida en todo esto... —le tembló la voz a Susannah, que desde hacía rato estaba en la casa haciendo compañía a las mujeres.

—¿Tú...? —inquirió Samuel Moore, que también se hallaba allí—, ¿Tú metida en esto...? ¿Qué sentido tiene lo que has dicho...?

—No lo sé —reconoció Susannah—, pero tengo el presentimiento de que las muertes no han acabado y de que en la lista estoy yo...

—¡Por favor, Susannah! —exclamó Samuel Moore, sin poder controlarse, con los nervios hechos un manojo descompuesto—. Cásate conmigo de una vez y olvida el mundo del cine...

—Quizá debieras hacerle caso —dijo Meredith, quien hasta entonces había permanecido con los labios apretados.

—Eres muy bueno —Susannah se cogió del brazo de su novio, mirándole cariñosamente—. Desde luego, no me merezco tanta comprensión... Sobre todo después de haberte ocultado mis planes...

—No te preocupes por eso —contestó Samuel Moore—. Te quiero demasiado para tenértelo en cuenta.

A eso de las nueve de la noche, Stuart Baxter decidió irse. Fue el primero en tomar esa determinación. Los demás, por lo visto, aún deseaban prolongar su permanencia en la casa.

—¿Me acompañas hasta la puerta, Nancy? —preguntó a la muchacha.

—Claro que sí —asintió ella, e impulsó hacia adelante su sillón de ruedas.

Ya junto a la puerta de salida, Stuart se giró hacia el salón. Se dio cuenta de que nadie podía verles. La puerta quedaba fuera del alcance óptico de los allí reunidos. Entonces dijo:

—Voy a abrir la puerta. Dentro de unos instantes tú la cierras y regresas al salón. ¿De acuerdo, Nancy? —la había tuteado.

—¿Qué…? ¿Cómo…? —inquirió la muchacha, sin comprender.

—Voy a hacer ver que me he ido. Pero me quedaré aquí.

—¿Te quedarás? —también ella le había tuteado.

—Sí —y añadió—: Voy a subir la escalera metiéndome en el dormitorio de tu tía Meredith.

—¿Y para qué vas a hacer eso? —preguntó Nancy—. Oh, por favor, no compliques más la situación…

—Debo buscar algo.

—¿Qué?

—Algo que me demuestre a mí mismo que mis sospechas son total y absolutamente ciertas.

—¿Y eso has de buscarlo precisamente en el dormitorio de mi tía Meredith? —se asombró—. De veras que no te entiendo.

—No es el momento para que me dilate en explicaciones.

Haz lo que te he dicho —abrió la puerta— y no te preocupes por nada más. Todo saldrá bien.

Nancy cerró la puerta, mientras Stuart subía la escalera sin hacer el menor ruido.

Ya Nancy de nuevo en el salón, su tío Donald se le dirigió en estos términos:

—¿Qué, se ha ido ya? —y apenas la muchacha hubo asentido—. Con franqueza, ese tipo se me hace cargante. Siempre le tenemos metido aquí.

—Ha venido a darnos el pésame —repuso Meredith—. Es un joven muy amable y correcto.

—¿Le estás excusando? —quiso saber Donald.

—No creo que haya necesidad de hacerlo —puntualizó Meredith —, Por lo demás, a Nancy le parece simpático, y si a ella se lo parece, lo que pienses tú me tiene sin cuidado.

—¿Quieres, tío Donald, que te sirva una copa de brandy? —intervino Gregory, conciliador—. ¿Quieres tú otra, tía Meredith? Yo voy a tomar una. Creo que nos está haciendo falta.

—Bueno —aceptó Donald.

—No, gracias —dijo a su vez Meredith.

Transcurrieron unos quince minutos, o tal vez un poco más.

De pronto, Nancy se dio cuenta de que Gregory se había ausentado y de que su tío Donald había hecho otro tanto.

Ahora sólo estaba en el salón con Susannah, con su novio Samuel Moore, y con su tía Meredith.

Esta dijo poco después:

—Es mejor que venga Anne.

Susannah se ofreció a ir a buscarla.

Ya en el salón, la vieja sirvienta preguntó:

—¿Qué desea?

Meredith le dijo que se sentara junto a los demás.

Anne se sintió desconcertada.

—¿Cómo ha dicho…?

—Que te sientes —repitió Meredith. Luego se fue hacia la puerta del salón y desde aquel lugar se dirigió a ellos con estas inesperadas palabras—: Voy a salir… Y voy a hacerlo después de dejaros encerrados aquí…

—¿Cómo, tía Meredith...? —acertó a preguntar Nancy.

—Voy a ir al caserón —repuso Meredith—. Donald y Gregory me esperan. Les he dicho que el inspector de policía les ha citado allí y se lo han creído...

—¿A qué viene esto? —preguntó Susannah, la primera en sospechar la verdad.

Esa verdad que por un segundo surgió como un relámpago en los ojos de Meredith Porley.

—No termino de... —empezó a decir Samuel Moore, estremecido al comprender el por qué de la palidez mortal de su novia.

—Si queréis saberlo todo, os lo explicaré —repuso Meredith, y de nuevo surgió el relámpago en sus ojos—. Pero habéis de permanecer quietos, inmóviles... Al menor movimiento doy un paso atrás, cierro la puerta y hago girar la llave... Ya la tengo puesta, daros cuenta...

En efecto, la llave estaba ya colocada. Sólo faltaba hacerla girar sobre sí misma.

—Habla, tía Meredith.

Y también Nancy comprendía ahora que estaba ante la verdad que unos y otros habían buscado. Una verdad irrebatible, inapelable y a la vez sobrecogedora.

—¡Yo maté a Caroline, y después a Margot, y a Patrick...! —exclamó Meredith y por tercera vez el relámpago refulgió en sus ojos.

A partir de ese momento habló como si mordiera las palabras con dientes de hielo.

Había una frialdad horrenda, estremecedora, en todas y cada una de las sílabas que pronunciaba.

—El día antes de mi boda —repuso—, mi prometido me dejó por otra mujer. No, no me dijo qué mujer era ésa... Pero poco tiempo después, oí casualmente cómo Patrick, Donald

y Margot hablaban entre si, en voz baja, extremando las precauciones... Oí perfectamente lo que decían... Esa mujer que me había robado al hombre que yo amaba tanto era Janet, mi hermana... Era tu madre, Nancy, que a mis espaldas se estaba burlando y riendo de mí...

Meredith se interrumpió por un instante.

Luego prosiguió:

—Pude decirles que había oído su conversación. No, preferí no hacerlo… —y los dientes de hielo seguían mordiendo sus palabras—. ¡Bastante humillada estaba ya! Pero despaché de esta casa a tu madre, Nancy, a pesar de que siempre la había querido entrañablemente… ¡Me había hecho un daño tan hondo, tan profundo! No podría perdonarla nunca. Antes hubiera preferido morirme.

Se detuvo otra vez.

Y otra vez Meredith prosiguió:

—Años después fue cuando tu madre, Nancy, vino a pedirme ayuda… El hombre con el que finalmente se casó había muerto, y ella se había quedado pobre y enferma, y con dos hijos… Necesitaba desesperadamente de mí… Pero no, no me compadecí de ella y volví a arrojarla de esta casa… En esta ocasión, consciente de que iba a matarla… Estaba enferma, muy enferma… Sin embargo, cualquier cosa antes que perdonarle el mal que me hizo…

Cuando Meredith se interrumpió de nuevo, Nancy, Susannah, Samuel Moore y Anne se miraron entre sí. Asustados y horrorizados a un mismo tiempo. ¿Tan lejos puede llegar el aborrecimiento de una persona? Parecían preguntárselo con el corazón en un puño.

—No mucho tiempo después —continuó diciendo Meredith—, me enteré de que tu madre, Nancy, había muerto… Pero no, no me arrepentí de haber procedido como lo había hecho… Y eso que, en lo más hondo de mí misma, yo nunca había dejado de quererla… Y así, con el solo consuelo de haberme vengado, transcurrió mi vida hasta no hace mucho. Hasta un bendito o maldito día, no lo sé, en que oí cómo Caroline hablaba con mis hermanastros Patrick, Donald y Margot. Aquel día me enteré de que Caroline había recibido dinero de ellos y seguía recibiéndolo. Si aquello no era un chantaje se le parecía mucho. Lo comprendí en seguida —Meredith no hizo pausa alguna y prosiguió diciendo—: No tardé en averiguar de qué se trataba… Aquella conversación que yo sorprendí un día, en la que Patrick, Donald y Margot hablaban de mi hermana Janet y comentaban el hecho de que me hubiera robado el novio… Pues aquella conversación había sido preparada alevosamente, para que yo la oyera y creyera lo que decían… Con lo desesperada que me sentía, habían dado por descontado que me costaría poco caer en la trampa… Mis hermanastros se las habían arreglado para que, al precio que fuera, yo

aborreciera a mi hermana... Si la aborrecía no la haría mi heredera y ellos quedarían en primera fila...

Meredith dejó de hablar.

Pero ninguno de los allí presentes dijo nada, así que, tras unos segundos de silencio, prosiguió:

—Todo les había salido bien, perfectamente. No obstante, Caroline participaba de su secreto y se veían obligados a darle dinero de vez en cuando para que mantuviera la boca cerrada. También yo, Meredith Porley, la mantuve cerrada... Sí, me mordí los labios y callé... ¡Pero qué torbellino de rabia y coraje me agitó! ¡Qué alucinante vorágine de odio me envolvió! No bastan las palabras para expresar lo que sentí. Pensar que Janet no me había hecho el menor daño y que yo había sido tan cruel e inhumana con ella... ¡Aquello no acabaría así! ¡Una y mil veces me lo juré a mí misma!

Meredith se interrumpió.

Esta vez, quizá, para que tras aquel breve silencio sus palabras tuvieran más fuerza.

—Me propuse acabar con todos los que me engañaron de aquel modo tan vil, tan alevoso... No obstante, me preguntaba si tendría el valor preciso para hacerlo... Pero recibí una carta, de eso hace ya poco... Me la escribía mi ex novio, desde su lecho de muerte, desde un lugar muy lejano... En la carta me rogaba que le perdonara, asegurándome que su vida había sido una penitencia desde el día que me abandonó. La mujer de la que se había enamorado, una artista de revista, le había hecho un desgraciado. «¿Por qué no me contestaste a esas dos cartas que te escribí hace años? Si lo hubieras hecho, quizá aún hubiéramos podido ser felices...» Con estas palabras acababa su escrito. Entonces comprendí que esas dos cartas a las que mi ex novio hacía alusión, habían sido interceptadas por Caroline y entregadas a mis hermanastros Patrick, Donald y Margot. No, ya no tuve que preguntarme más si tendría el valor de acabar con ellos... ¡Sí, lo tendría! ¡Les mataría uno tras otro! ¡No cejaría hasta conseguirlo!

Tras una pausa realmente electrizante, Meredith había de proseguir el hilo del relato:

—Empecé por Caroline, ella era tan culpable como mis hermanastros. La verdad es que ya se temía algo, últimamente la veía muy nerviosa... Después le tocó el turno a Margot...

Acto seguido, ha sido Patrick el que ha pagado por lo que hizo. Y

posiblemente… —seguía hablando como si mordiera las palabras con dientes de hielo. Sí, una frialdad horrenda, estremecedora, seguía imperando en todas y cada una de las sílabas que pronunciaba— Y posiblemente… me hubiera dado el gusto de seguir actuando con lentitud, con calma, incluso con parsimonia, a no ser porque…

Dejó la frase sin concluir. Y Nancy, Susannah, la vieja Anne y Samuel Moore, le dirigieron la muda y a la vez asustada interrogación de su mirada.

A la que Meredith terminó respondiendo:

—…a no ser porque Stuart Baxter se ha metido de por medio y está ya sospechando de mí… Así que no puedo concederme dilaciones de ningún tipo. Hacerlo me abocaría al fracaso. Por lo demás —agregó —, el chico me cae bien y no quiero plantearle problemas… Pero me queda por explicar algo… Cómo logré que Patrick, Donald y Margot regresaran aquí… Se habían ido precisamente cuando yo me había decidido a liquidarles…

Y no, no regresaban… Y mi paciencia se estaba acabando… Así que, una noche que Anne me velaba, hablé en voz alta… Dije bien claro que te recibiría y te ampararía a ti, Nancy, si te ocurriese alguna desgracia, por ejemplo, quedarte paralítica… Yo sabía que Anne iría a buscarte y a proponerte que te presentaras aquí en un sillón de ruedas… Y sabía que tú, agobiada por tantas estrecheces, por tanta falta de recursos, aceptarías… Como sabía que mis hermanastros, al ver tambalearse mi herencia, se apresurarían a regresar… ¡Y ya les tendría aquí, a mi alcance!

—Entonces, ¿tú siempre has sabido…? —esta vez se dejó oír la voz de Nancy.

—Sí, siempre he sabido que a tus piernas no les pasaba nada. De lo que me alegro muchísimo. Hacia ti sólo siento cariño, mucho cariño. Todo el que injustamente le negué a tu madre.

—Ha dicho usted antes —repuso a su vez Susannah— que en el caserón le espera

Gregory… ¿Qué piensa hacer con él?

—Lo mismo que con Donald —contestó Meredith.

—Pero Gregory no tuvo nada que ver con aquel engaño… —Susannah le defendía—. Por aquel entonces aún no había nacido… Quizá ha ignorado siempre lo que hicieron los otros…

—Pero Gregory —subrayó Meredith— telefoneó a su padre diciéndole que Nancy había venido, que estaba paralitica y que la herencia soñada durante tanto tiempo corría el peligro de esfumarse... A su modo también ha intervenido en este sucio asunto...

—Por favor —repuso Samuel Moore—, deténgase... No mate a nadie más...

—Señora —dijo a su vez la vieja Anne—, todo esto es demasiado espantoso...

Compréndalo...

Pero ni Nancy, ni Susannah, ni la vieja Anne, ni siquiera Samuel Moore, se habían movido de sus respectivos asientos. Y no porque Meredith les hubiera prohibido hacerlo, sino porque se sentían como si les hubieran quitado el aire de los pulmones.

—Ya está todo contado —resumió Meredith—. Ahora debo acabar con mi trabajo...

—y su voz se hizo endiabladamente amenazadora.

Dio un paso atrás, cerró la puerta y giró la llave.

Cuando Stuart Baxter bajaba la escalera, oyó que daban golpes a la puerta del salón. La cual se hallaba cerrada con llave, se dio cuenta al poco de llegar.

Pero la llave no estaba puesta. Quien sea que la usara, se la había llevado consigo.

Estuvo por disparar contra la cerradura, pero pensó que no valía la pena hacerlo. La puerta no tardó en ceder a las fuertes acometidas de su hombro.

—Es tía Meredith... Es tía Meredith... —fue Nancy la que empezó a explicarle lo que creía que Stuart aún no sabía.

Nancy había ya abandonado el sillón de ruedas. Su absurda comedia quedaba atrás.

—Sí, es ella —repuso Stuart—. Ya lo sospechaba, pero acabo de encontrar un par de vestidos manchados de sangre... Pero ¿dónde está? —desde luego se refería a Meredith—. ¿Adónde se ha ido...? Ha sido ella la que os ha encerrado, ¿no es eso?

—Se ha ido al caserón —dijo Samuel Moore—. Quiere acabar

también con Donald y con Gregory…

—¡Vayamos! —exclamó Stuart—, ¡Vayamos en seguida! Aunque mucho me temo que no lleguemos a tiempo.

* * *

Cuando ya estuvieron cerca del caserón, vieron que la puerta se hallaba abierta de par en par.

A excepción de la vieja Anne, todos habían llegado hasta allí. Stuart y Nancy los primeros.

Pero fue Susannah la que soltó un chillido enloquecedor al tropezar, en medio del amplio y destartalado vestíbulo, con algo que costaba de distinguir entre las sombras.

Se agachó a ver qué era…

Fue entonces cuando el chillido enloquecedor salió de su garganta.

Aquel algo con lo que había tropezado era la cabeza del jovencito Gregory.

Siguieron adelante. Había que encontrar a Donald lo antes posible. Si es que aún era posible llegar a tiempo.

No, ya era tarde.

Se oyó un alarido horrible, espeluznante. ¡Y reconocieron la Voz de Donald!

El alarido había sonado en lo alto de la escalera, en el corredor.

Stuart voló peldaños arriba.

Nancy le siguió lo más rápidamente posible. Y también Samuel Moore. Y Susannah hizo otro tanto.

Ya arriba, Susannah le dio al interruptor de la luz. Ella sabía dónde estaba.

Lo primero que vieron fue la cabeza de Donald. Aún se movía. También se movían sus ojos.

Oyeron ruido en una de las habitaciones del corredor. Allí debía hallarse Meredith. No cabía suponer otra cosa.

—¡Ya ha cometido bastantes crímenes! —exclamó Stuart Baxter alzando la voz—. ¡Entréguese de una maldita vez…!

Meredith no había de entregarse.

Si bien había de hacer lo que menos podía esperarse nadie. Algo tan insólito, increíble y espeluznante como para helar la sangre en las venas.

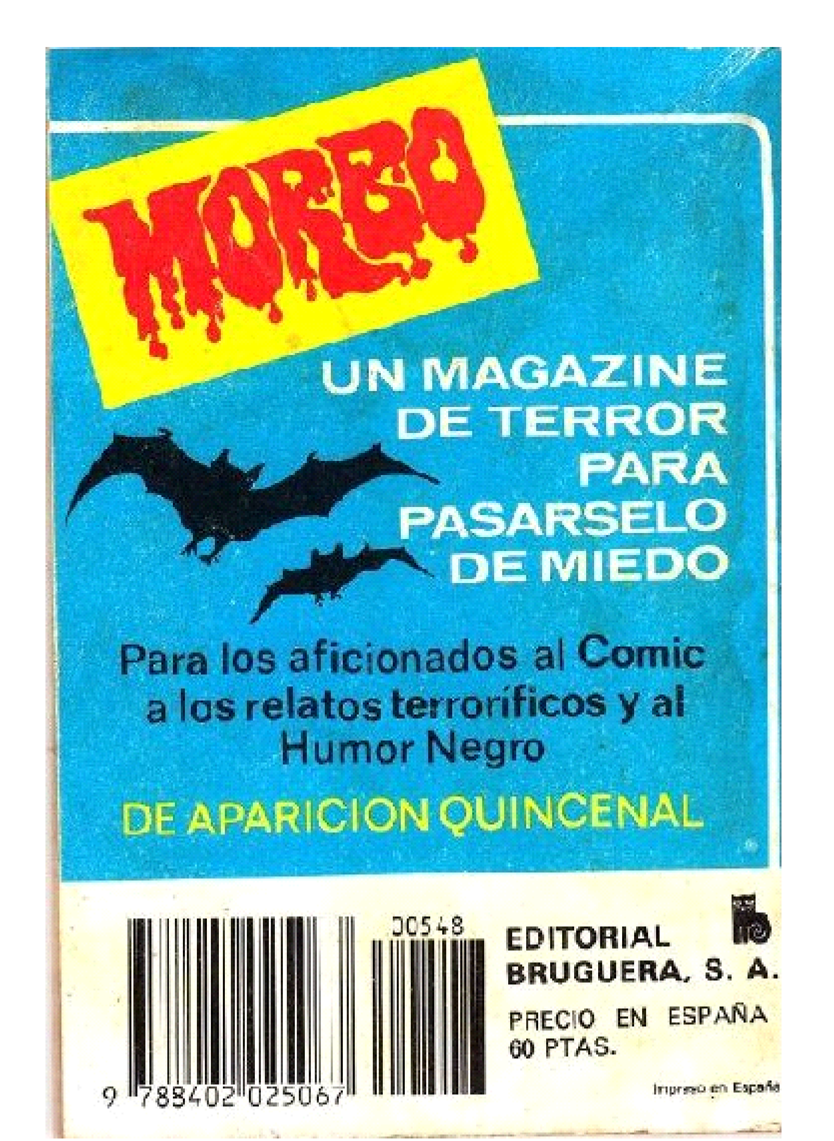
Alzó en el aire el sable que rezumaba sangre y sin vacilar, ni poco ni mucho, se decidió a entregar su alma al Infierno.

¡Zas!

Cuando en el dintel de la puerta apareció Stuart y Nancy, algo les impidió el paso.

Era la cabeza de tía Meredith.

FIN


MORBO
UN MAGAZINE DE TERROR PARA PASARSELO DE MIEDO
Para los aficionados al Comic a los relatos terroríficos y al Humor Negro
DE APARICION QUINCENAL
9 788402 025067
00548
EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
PRECIO EN ESPAÑA 60 PTAS.
Impreso en España